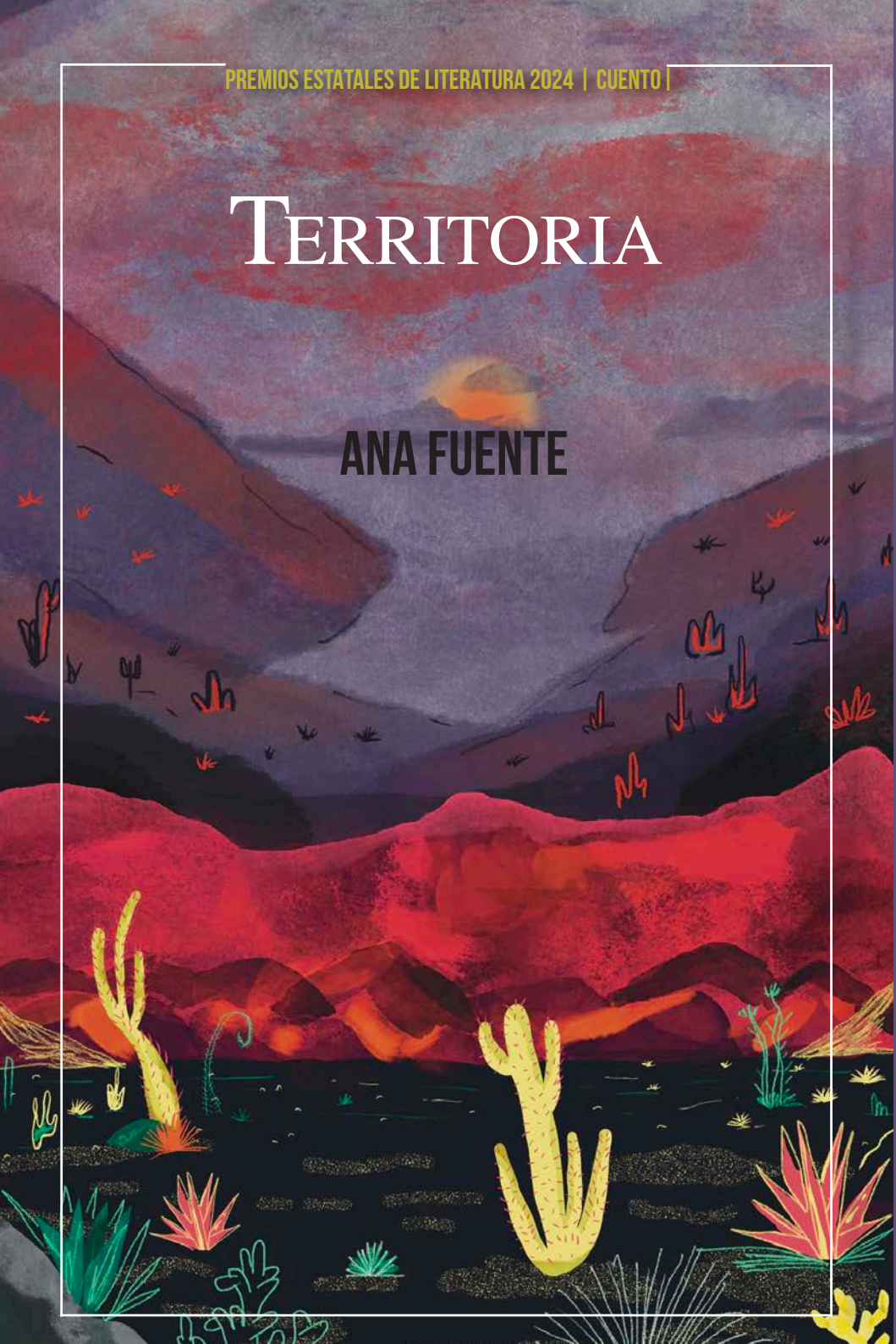


PREMIOS ESTATALES DE LITERATURA 2024 | CUENTO |

TERRITORIA

ANA FUENTE



TERRITORIA

ANA FUENTE

| PEL |

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Marina del Pilar Avila Olmeda

GOBERNADORA CONSTITUCIONAL DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Alma Delia Ábrego Ceballos

SECRETARIA DE CULTURA Y DIRECTORA GENERAL

DEL INSTITUTO DE SERVICIOS CULTURALES DE BAJA CALIFORNIA

Ava Isabel Ordorica Canales

SUBSECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL

Francisco Javier Fernández Acévez

DIRECTOR EDITORIAL Y DE FOMENTO A LA LECTURA

Territoria

D.R. © 2025

Ana Fuente

D.R. © 2025

Secretaría de Cultura e Instituto de Servicios Culturales de
Baja California. Av. Álvaro Obregón #1209, colonia Nueva,
Mexicali, Baja California, C.P. 21100

Primera edición, 2025

ISBN: En trámite.

Coordinación editorial: Elma Aurea Correa Neri

Diseño y maquetación de interiores y cubiertas: Rosa Espinoza

Ilustración de portada: Jocelyn Vázquez

Jurado calificador: Luis Miguel Estrada Orozco, Carlos René Padilla e Hiram Ruvalcaba

Queda prohibida, sin la autorización expresa del autor y editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial, por cualquier medio o procedimiento, comprendida la reprografía y tratamiento tipográfico.

IMPRESO EN MÉXICO / PRINTED IN MEXICO

Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Está prohibido el uso de este programa con fines políticos electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa deberá ser denunciado y sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante autoridad competente.

PREMIOS ESTATALES DE LITERATURA 2024 | CUENTO |

TERRITORIA

ANA FUENTE



**BAJA
CALIFORNIA**
GOBIERNO DEL ESTADO

CULTURA

Secretaría de Cultura
Instituto de Servicios Culturales
de Baja California

PRESENTACIÓN

Con más de tres décadas, los Premios Estatales de Literatura (PEL) se han consolidado como referencia esencial para la creación y la difusión de las letras en Baja California. Desde su primera convocatoria a finales del siglo xx, el certamen ha nutrido la tradición editorial de la entidad, con dieciocho ediciones, cerca de 80 autoras y autores publicadas y más de 130 títulos que forman parte de la memoria cultural y del patrimonio literario del estado.

Las transformaciones profundas que marcan a nuestra sociedad dejan su impronta en la producción artística. Nuestro horizonte cultural se ha expandido al ritmo de los cambios sociales, políticos y económicos de una región pulsante y dinámica. El resultado de este proceso ha sido la conformación de una comunidad literaria cada vez más diversa, en la que dialogan generaciones distintas con miradas, voces y estilos que conviven en un mismo territorio. Echar un vistazo a la narrativa, poesía, teatro, crónica, ensayo o periodismo cultural que se produce en Baja California permite vislumbrar la experiencia de ser frontera, las búsquedas y rumbos de la expresión escrita, con inquietudes que, a su modo, abordan temas universales de nuestro tiempo.

De manera consistente, los PEL han hecho posible la aparición de plumas emergentes que, en algunos casos,

logran así publicar su primer libro; a la vez que mantienen la puerta abierta a voces preexistentes del ámbito literario de Baja California quienes aportan su experiencia y hacen patente su crecimiento en el oficio, con la oportunidad de ganar hasta tres veces. Para el anecdotario, en esta edición 2024 contamos con el título debutante en la categoría de crónica, lanzada apenas en 2022-2023, así como con la primera obra escrita en coautoría, en dramaturgia para niñas y niños.

Al frente del proyecto cultural que nos convoca, y con el impulso de nuestra Gobernadora del Estado, Marina del Pilar Avila Olmeda, reafirmamos el compromiso de una política cultural incluyente y sensible a los desafíos de nuestra época. El reto es robustecer el prestigio de los PEL y, al mismo tiempo, garantizar que sigan siendo un espacio abierto a la pluralidad, la innovación y el pulso del arte contemporáneo. De ahí que, por segunda ocasión en los últimos cuatro años, incrementamos la bolsa en todas las categorías: tras permanecer 30 años estática, en 2022 subió de 25 mil a 40 mil pesos, y en esta edición alcanzó los 50 mil pesos.

A esto se suma una política inédita en Baja California: distribuir los libros gratuitamente, lo que sin duda facilita el acceso de la población al acervo en el marco de los programas de fomento a la lectura y difusión de la obra literaria y artística. Las autoras y los autores premiados cuentan con múltiples foros y espacios para presentar sus libros, tanto en ferias del libro y festivales, como en bibliotecas públicas, jornadas comunitarias y entornos escolares.

Por otra parte, la presente edición de los PEL se distinguió por la selección de jurados pertenecientes al ámbito nacional, siendo en su totalidad personas de prestigio en las distintas categorías, que no nacieron en Baja

California ni viven en nuestra entidad, como una decisión orientada a fortalecer la imparcialidad en los dictámenes.

En la categoría de cuento, el Premio Estatal de Literatura fue otorgado de forma unánime a *Territoria*, obra escrita por Ana Fuente. He aquí los méritos que señaló el jurado en su dictamen:

Por ser un libro compacto en donde las metáforas de la animalidad crean un hilo conductor que ayuda al lector a asomarse por igual a lo infame y lo sublime. Destaca el oficio en su creación: hay un balance en temas, registros y tratamientos capaces de despertar emociones que van desde el humor hasta la melancolía. Es un libro que sabe al sitio desde el que fue escrito, pero que justo por eso resuena universal.

Nos corresponde ahora, con gusto y con orgullo, difundir ampliamente este libro y toda la colección PEL 2024. Celebramos que estos títulos lleguen a manos de la población lectora de Baja California en forma gratuita, sobre todo en comunidades vulnerables de nuestro territorio, con presencia en bibliotecas públicas, clubes y salas de lectura de los siete municipios. De esta manera contribuimos a mantener vivo el diálogo entre generaciones y miradas, como testimonio del dinamismo y de la profunda vitalidad de la cultura en Baja California.

Alma Delia Ábrego Ceballos

Secretaria de Cultura y Directora General del Instituto de
Servicios Culturales de Baja California

Obra escrita con el apoyo del Programa de Estímulo a la Creación y Desarrollo Artístico de Baja California 2023 (PECDA BC).

A mis hijos

LÁGRIMAS DE LAGARTO

Martina sabe que Alejandro I de Grecia murió de rabia producto de la mordida de un mono y que a Francis Bacon le dio una hipotermia que le quitó la vida cuando rellenaba el interior del cadáver de una gallina con nieve mientras hacía un experimento sobre la conservación de los alimentos. Sabe también que Zeppo Marx abandonó la agrupación de sus hermanos para después fundar Marman Products, empresa que diseñó las abrazaderas que sostenían a Little Boy en el Enola Gay antes de ser lanzado sobre Hiroshima en 1945, y que Theodor Morell, médico oficial del Tercer Reich, le administraba inyecciones de hormonas extraídas de los testículos de cerdos y toros al *führer* para aumentar su virilidad. Había aprendido suficientes efemérides como para llenar el periódico mural cada semana durante el año escolar entero y las empleaba para eludir el silencio cuando no adivinaba qué hacer con él.

—Calígula era menos sanguinario que Augusto y Nerón. Y también es mentira eso de que tenía sexo con su hermana en los banquetes.

Sus dedos se deslizaban para cambiar las páginas del almanaque mientras las yemas de la mano de Claudio apenas le rozaban el muslo dibujando amplias espirales desde la ingle hasta la rodilla. Con la cabeza recargada

sobre la piel suave de su vientre, él tenía la posibilidad de contemplar la forma simétrica y delicada de los tobillos de Martina.

—Pero el que sí estaba cabrón era Pancho Villa, que visitaba a sus cinco amantes el mismo día. Y eso lo contó su chofer, que algo habrá sabido.

—Yo con una no me doy abasto y aquél tenía cinco. Sí estaba cabrón.

Claudio recibió un sonoro manotazo sobre el hombro que lejos de derivar en dolor, resultó en que él besara con ternura el hueso que sobresalía de su cadera. Hacía tiempo que esquivar el tema había dejado de ser obligatorio. Tampoco era necesario expiar culpa alguna ni fingir caras largas porque, en algún momento indescifrable pero sólo atribuible a la risa, entre ellos se instaló la complicidad que les permitía reconocerse como pares en igualdad de circunstancias. Estaban hechos de la misma materia y sabían que ahí, entre las sábanas rígidas y la luz amarillenta del Motel Premier, sólo había cabida para ellos dos.

El agua de la regadera corría sobre la mano extendida de Martina, de pie sobre la toalla de baño que fungía como tapete. Claudio la observaba desde la cama acariciándose la tercera erección de los 90 minutos que habían pasado en la habitación.

—No va a salir caliente, ya regrésate para acá.

—Usted no tiene llenadera, profe. Ya levántate, que a mí todavía me queda una clase.

Los martes de motel se habían convertido en un hábito que consistía en una falsa salida a desayunar en las horas muertas. Ambos iniciaban la jornada a las 8:20 e impartían un par de clases hasta que el receso se juntaba con sus ratos libres y les concedía 130 minutos de libertad. El tiempo que el resto de sus colegas empleaba en hacer

evaluaciones y planeaciones, para ellos significaba el revolcón semanal meticulosamente sistematizado: ella salía antes en su coche y lo esperaba a dos cuadras de distancia. Él caminaba hasta ese sitio, donde asumía el rol de conductor durante quince cuadras más hacia el oriente de la ciudad alternando rutas hasta entrar en el Motel Premier cuando no hubiera otros coches a la redonda. A la vuelta, Martina manejaba para dejar a Claudio en un café y volvía al Colegio. Él regresaba a la última hora a enseñar el abecé de la anatomía a tercero de secundaria.

A las tres, cada uno iba de vuelta a su casa. Claudio comía con Elizabeth, su esposa, antes de dirigirse al Centro de Alto Rendimiento, donde entrenaba adolescentes en el delicado arte de la esgrima. Había elegido el horario extendido, el que terminaba poco antes de las diez de la noche, con la esperanza de encontrar a su mujer dormida y sortear la posibilidad de una insinuación amorosa que buscaría declinar o a la que accedería sin conseguir la dureza necesaria para una penetración medianamente funcional. Sus evasivas nada tenían que ver con Martina, ni con la falta de atracción que pudiera sentir por Elizabeth. El tiempo no había desgastado la belleza que seguía percibiendo en su esposa aunque se diluyera cada vez más entre los sosos e insípidos meneos de su forma mecánica y exigente de coger. Lejos del goce, para Claudio esos encuentros eran tan excitantes como cualquier trámite burocrático.

Eran lentos. Engorrosos.

No importaba qué tan preparado se sintiera, resultaba que algo le había faltado. Ese algo era siempre lo mismo: embarazarla. Tras meses de navegar por distintos consultorios, doctores y pruebas de toda índole, de realizar cantidades ingentes de pruebas de sangre para ambos

y de vasitos y más vasitos que llenó tras masturbarse sin ganas en cuartos gélidos de laboratorios donde procesaron las muestras hasta lograr un diagnóstico, supieron la causa. Se trataba de una teratozoospermia que de discreta se convirtió en severa e inexplicablemente se agravaba con el paso del tiempo.

—Es porque fumas —le dijo Elizabeth en aquel entonces—, yo voy al gimnasio, como bien, duermo las horas que debo. Por eso mis óvulos no tienen la culpa.

—No tiene nada que ver.

Aquella vez Claudio guardó silencio. Pensó en que el reloj biológico de su mujer era una bomba de tiempo que estallaría cuando ella cumpliera 40 años porque los residuos de su propia mina antipersonal de fragmentación, antigua y oxidada, sólo se componían de minúsculas piezas maltrechas que jamás penetrarían la delgada pared de un óvulo. Se refugió entonces, como solía hacerlo, en pensar en todo lo que haría el martes en la mañana. Asentía a los reclamos de Elizabeth escuchándolos como un eco sordo a la distancia, una especie de golpeteo ligero que lo incomodaba sin distraerlo de la imagen mental de los lunares en la espalda de Martina.

—¿Teratozoospermia, profe? ¿Están chuecos sus soldaditos? —había dicho ella al enterarse.

—Deformes, al parecer. Que nunca van a llegar a nada, dice el doctor.

Martina no dijo más. Se sentó sobre él y con gesto suave retiró el condón de Claudio.

—Quiero que te vengas adentro.

Fue el orgasmo más placentero y triste que Claudio conoció con ella. Tocarla así, sin una falsa piel de látex que se interpusiera después de dos semestres de coger semanalmente había sido una revelación, como si en la

ruptura de esa membrana artificial hubiera habido mucho más que sólo epitelios rozándose. Pero esa posibilidad significaba también la aceptación de lo irremediable: no podría tener hijos. Observó el techo de la habitación viendo el espejo y no la imagen reflejada. Pensó en que nunca necesitaría una silla de bebé, ni un espejito adicional en el retrovisor, ni empujaría una carriola.

Martina sí lo vio en la imagen reflejada.

—En el desierto hay un tipo de reptil que expulsa chorros de sangre por los ojos para defenderse. Es chiquito, como un camaleón. El lagarto cornudo.

Claudio se rio.

—Ya sé qué está pensando, profe. No me haga el chiste.

Era evidente que le incomodaban las bromas sobre Horacio a pesar del aire cínico que caracterizaba a Martina. Una cosa era que ella se acostara con otro, pero tampoco buscaba hacer leña del árbol caído. Horacio tenía 14 años más que ella y la operación de la próstata había derivado en una sustancial pérdida de libido que, aunque nunca habían discutido, era el origen de que durmieran en habitaciones separadas.

Muy en silencio, Claudio sentía una profunda aversión por quien él llamaba, sólo para sí, el viejito, porque el viejito tenía la fortuna de despertar junto a un culo hermoso que hubiera podido devorar todas las mañanas pero prefería convertirse en el epítome de la autoconmiseración y comportarse, a sus sesenta años, como un nagenario cualquiera. Detestaba también la idea de que se la llevara el verano completo a la casa de su hermano en Puerto Peñasco con el pretexto de pasar más tiempo con sus hijas antes de que se fueran a la universidad en Guadalajara. Lo imaginaba en casa, sentado frente a una sopita

de fideo hablándole a sus hijas y a Martina, su Martina, sobre la estancia familiar en la playa. Imaginaba también los juegos de mesa y las largas conversaciones que en realidad no sucederían porque Martina tendría la nariz metida entre las páginas de alguna enciclopedia vieja y las chicas harían lo propio en las pantallas de sus celulares. El viejito no tendría más remedio que apoltronarse en un triste sofá raído a contemplar las desvencijadas trabes oxidadas por el salitre del mar de Cortés.

O eso esperaba, cuando menos.

Eso allanaría el terreno. Haría que el peso de julio y agosto fuera tan abrumador para ella como estaba siendo para él en casa y que el regreso a clases los hiciera volver con más ímpetu. Tal vez Martina soltaría alguna palabra de cariño, tan ajenas a ella, y le diría que lo extrañó. Tal vez por fin aceptaría que la tomara de la mano y tal vez estaría dispuesta a abrir los ojos al besarlo.

Las semanas de evaluaciones finales se esfumaron, como todos los años, en un abrir y cerrar de ojos. Los encuentros de los martes se volvieron quincenales hasta que el fin de cursos y el viaje de Martina los clausuraron por completo sin mayor despedida ni alboroto. Claudio se recluyó en su casa, donde pasaba las mañanas sentado en un sillón reclinable de imitación de piel que, imaginaba, le había dado sus mejores años a una residencia medianamente lujosa en su primera vida y hoy sólo servía para provocar muecas en el rostro de Elizabeth.

La canícula era inclemente. El aire directo del ventilador no impedía que la ropa empapada en sudor se le pegara al cuerpo, ni que densas gotas recorrieran su frente y aterrizaran entre la escasa velloidad de su pecho. Desde ahí leía el periódico, veía la televisión y aguardaba paciente a que las horas siguieran su curso hasta que Eli lle-

gara, se sentaran a la mesa a intercambiar un par de frases obligadas mientras comían, y él pasara la tarde en el centro de entrenamiento.

De Martina sabía muy poco porque la señal de celular era escasa y la conectividad se reducía al minisúper del centro. Compartían un par de nudes y de frases que terminaban en que Claudio se masturbara mientras le enviaba una nota de voz. Solían ser llamadas cachondas hasta el día que ella preguntó cómo iba la vida teniendo que subirse todos los días al toro mecánico.

No seas tonta, no ha pasado. ¿Cómo no ha pasado si están ahí encerrados todo el día? No estamos encerrados, ella no está. Pero si estuviera lo intentarías, seguramente. No. Tal vez. No sé, no está. ¿Cómo no va a estar si no se dedica a nada? No sé, va al gimnasio y al mandado o algo así.

Esperó más respuestas, pero no llegaron. Se subió los pantalones antes de lavarse las manos al tiempo que se congratulaba por la serenidad de sus días. La ausencia de Elizabeth lo convertía en amo y señor de cada rincón de la casa y hacía más llevadera la convivencia porque no se veía en la lamentable obligación de rechazarla o terminar cediendo para hacer las veces de probeta de inseminador artificial.

Pasado el primer mes, el tufo del tedio y el encierro empezó a apoderarse de cada habitación. Claudio decidió salir a caminar, a veces a correr. Recorría la colonia esquivando hoyos en la banqueta, cacas de perro y bolsas de basura. Observaba las rutinas de los vecinos, a quienes no conocía, y poco a poco fue saludando con un gesto sutil de la mano. Corría sin música porque los audífonos le lastimaban los oídos desde que un cohete le tronó muy cerca de la cara el Año Nuevo del 94, cuando cumplió

doce años. Corría en silencio escuchando el *suis suis* de sus pisadas sobre el pavimento y recordando el mismo *suis suis* del florete con el que alcanzó una medalla de bronce en los Panamericanos del '95. Corría alternando el pensamiento entre el conteo que reiniciaba al llegar a los cincuenta pasos y el recorrido del rostro de Martina: sus cejas afiladas y sus ojos castaños, su nariz recta y el grosor de sus labios, las arrugas junto a sus ojos cuando se reía a carcajadas o cuando sonreía de verdad.

Seguía corriendo.

Aquella mañana, pensaba en la línea curva y profunda que se le formaba desde el cuello hasta el inicio de las nalgas. El conteo iba en treinta y dos cuando sintió que ninguno de sus pies tocaba el piso y lo detuvo en el instante en el que cayó de rodillas sobre la banquetta. Después, el inminente costalazo que lo acompañó hasta rodar un par de veces y ser lamido en la cara por un *border collie* que arrastraba a su dueña, una niña regordeta que a duras penas lograba sostener la correa en una mano y la bolsa de papitas entre los dedos enrojecidos de la otra. Eran las nueve y el calor empezaba la ardua faena de retirar a todos los transeúntes de las aceras. La niña se acercó temerosa a preguntarle si estaba bien mientras alejaba al perro del cuerpo de Claudio a la voz de “*ya, Seki, déjalo*”.

—¿Así se llama tu adorable perrito? —preguntó Claudio limpiándose las rodillas, sentado sobre el cemento que ya empezaba a arder.

—Perrita. *Sekhmet*. Se lo puso mi mamá pero a mí no me gusta. Prefiero *Seki*.

El sarcasmo de Claudio pasó desapercibido para la niña, que se marchó tras encogerse de hombros y desenrollar la correa. Retiró los diminutos fragmentos de piedra de las palmas de sus manos. Cuando se disponía a

levantarse, un coche blanco disminuyó la velocidad para después acelerar de súbito hasta patinar la llanta como lo haría un pie que toca el fondo del acelerador de golpe. Entre el ruido y la furia del movimiento, Claudio alcanzó a ver dos siluetas en el interior del auto: un hombre barbón en el asiento del copiloto con un peinado que sólo habría logrado gracias a una cola de caballo o al uso de un gel extremadamente pegajoso. La conductora era una mujer joven cuyo rostro se ocultaba bajo un abultado chongo de rizos que caían en desorden: los destellos anaranjados develaban una tonalidad rojiza que era a todas luces natural. Conocía bien las cabelleras pelirrojas porque diariamente amanecía con una.

Elizabeth tenía una.

Pero Elizabeth no tenía un coche blanco y podría haber sido cualquiera. Cualquiera que tuviera una nariz tan respingada como un tobogán, unos brazos torneados y delgados y que el día de hoy estuviera utilizando una camiseta sin mangas.

Nadie usaría una blusa con mangas a 38 grados centígrados. Seguramente no era ella.

Sintió el impulso inmediato de llamarla para preguntar cómo estaba, pero recordó que había dejado el celular en casa, bien resguardado entre sus cosas, para que ella se ahorrara el impulso de contestarlo en caso de que sonara. Regresó trotando, mucho más lento de lo que le hubiera gustado, pero por su propio pie.

—¿Y ahora? ¿por qué vienes cojo?

—Me enredé en la correa de una perrita que me tiró. La llevaba una niña que...

—Pues ten más cuidado. Si te lastimas, te vas a quedar sin trabajo.

La conversación no dio para más. Desde el Centro de Entrenamiento, Claudio le envió una nota de voz a Martina para narrarle todos los detalles de la caída y a la mañana siguiente recibió la explicación detallada de cómo la diosa leona había creado el desierto con su aliento árido y caliente, la diosa del amor apasionado y la venganza.

El desierto del lagarto cornudo, respondió Claudio al vacío cibernético cuando vio que Martina ya no recibía sus mensajes. Al ver que lo había leído, tampoco hubo respuesta y asumió que se debía a la profunda susceptibilidad que rodeaba todo lo relacionado con el viejito.

Dejó de correr mientras sanaba la rodilla. El calor estival del noroeste lo castigaba más que de costumbre, con la piel de los isquiotibiales pegada al vinil y gruesas gotas que recorrían el espacio de su aponeurosis dorso-lumbar. Claudio nombraba las partes anatómicas para sí y también para Martina y Elizabeth, convencido de que ambas sucumbían a la precisión de su terminología. Entonces repetía en silencio sus favoritas del cuerpo de Martina: los tobillos se convertían en astrágalos, los hombros en clavículas y el cuello en esternocleidomastoideo. El abdomen plano de Elizabeth, lejano a los embates de la maternidad y a la diástasis abdominal, conservaba unos oblicuos y unos transversos que delimitaban su cintura. Imaginarlas juntas, en ese mundo de la imposibilidad que sólo nutre a la fantasía y la obsesión, empezó a transformarse en una necesidad animal de copular y, ante el silencio telefónico de Martina, la escasa vestimenta deportiva de Elizabeth se convertía en una tenue barrera que bien valía la pena franquear.

Partió de la premisa de que sería una empresa fácil porque las motivaciones sexuales de su mujer quizá no respondían a la lujuria, pero estaban ahí. Que su interés

fuera meramente biológico, lo mismo daba: si el fornicio hubiera estado peleado con la fertilización, nos habríamos extinguido hace millones de años. Él podía coger mientras ella se apareaba, pensó, hasta que recibió una negativa mientras metía la mano en la entrepierna de Elizabeth en la noche.

—¿No? —la sorpresa en su voz era palpable.

— No, Claudio. Estoy agotada. Tuve un día larguísimo.

Del día larguísimo recorrió todas las excusas del cliché: le dolía la cabeza, le había venido el periodo, no estaba en días fértiles.

Entonces, Claudio recorría las calles caminando, de vez en vez con rasgos de trote ligero, cargando a cuestas la pesada soledad a la que, se decía, lo habían condenado ambas. Ese día salió de casa antes de lo pensado, con la esperanza de que las 6:30 de la mañana ofrecieran una mejor temperatura. Sería una carrera de media distancia, regresaría a recoger el auto y saldría a comprar lo necesario para prepararle una ensalada César a Eli. Podría recibirla listo para meterse a bañar con ella, sentarse a comer y dirigirse a enseñarle a un puño de adolescentes cómo estar en guardia para evitar la estocada.

La carrera fue difícil. El santana, ese viento cargado de arena y resequedad proveniente del este, se mezclaba con el sudor provocándole un severo escozor en los brazos, las piernas y el cuello. Claudio apretó el paso para cumplir con la distancia al tiempo que se restregaba los ojos con la parte baja de la camiseta. Dobló a la derecha en la calle de la niña de la perrita maldiciéndola a ella y a su perra creadora del desierto y procuró que los árboles y los setos de la banqueta se convirtieran en una barrera natural para el ventarrón. La cuenta iba en 49 cuando se topó de

frente con el auto blanco de la vez pasada. En su interior, la pelirroja besaba al hombre cuyas manos la tomaban de la nuca para acercarla a él. Cuando descendió del coche, observó las marcadas y fibrosas pantorrillas que sobresalían de unas bermudas grises. Escudriñó cada rincón de ese cuerpo hasta analizar la imagen de la espalda y los musculosos brazos del mulato: biceps, triceps, braquial.

La mujer se instaló en el asiento del copiloto desde adentro del coche y se soltó el cabello. Introdujo sus manos entre las raíces y las agitó con delicadeza para revolverlo. Se inclinó ligeramente y, al levantarse, peinó ambas cejas hacia el extremo, de la nariz hacia las sienes. Claudio reconoció el gesto, ese que había visto una y mil veces, ese que le provocaba una desesperación insólita al pensar que cada pelo que soltara terminaría en el piso de la casa y a él le gustaba caminar descalzo. Descalzo, puta madre. En su casa, en la casa que compartían, en la casa que a él le gustaba mantener impecable y sin largos cabellos tirados por doquier.

Echó a correr con dirección al carro mientras la mujer se levantaba la cabellera entera con lo que visiblemente era la intención de atarlo nuevamente.

El trapecio, el esplenio, la escápula.

Claudio aceleró el paso pero de ninguna manera logró colocarse a la misma altura que las ventanillas del auto que ni siquiera parecía huir de él, porque nadie huye de lo que no advierte y, en realidad, él había sido tan nimio como cualquier otro viandante. Esquivó árboles, macetones y accidentes del cemento del piso repitiéndose que su presencia no tenía la menor relevancia ahí, ni en su casa, ni en Puerto Peñasco. Corrió tan rápido como pudo, tanto como el calor estival, el polen y la polvareda del ventarrón se lo permitieron. Perdía el aliento al pensar en las

posibilidades de lo que encontraría al entrar por la sala y subir los peldaños de la escalera de dos en dos hasta la habitación. Las banquetas que hasta hacía unos minutos eran rectas se habían transformado en veredas sinuosas en las que tropezaba sin notar, en realidad, que los meniscos de su rodilla izquierda no lo propulsaban con la misma potencia que antes.

Entró de golpe.

La casa estaba vacía.

El coche tampoco estaba. Y claro que no, se dijo, porque el automóvil blanco que había visto nada tenía que ver con ellos, porque Eli había salido en el suyo y no tenía por qué estar pidiendo raites a desconocidos. La cantidad de pelirrojas con el cabello chino que se peinaban las cejas era un dato estadístico que él desconocía. Todas las melenas chinas se abultan y se alborotan así. Podía ser cualquier cosa, cualquier persona, cualquier parecido. Llamó al número de Elizabeth desde su celular y no hubo respuesta. Si está ocupada, se dijo, si está en el gimnasio, es imposible que me conteste: yo no lo haría, ni respondería mensajes ni llamadas. Claudio caminaba de un lado a otro entre los sillones de la sala convenciéndose de que no tenía por qué saber dónde estaba su mujer, ni qué estaba haciendo. Le envió a Martina un mensaje que contenía todos los detalles de su carrera matinal, incluidas las tribulaciones sobre la pelirroja del coche blanco y recibió un escueto: “No sea llorón, profe. El que esté libre de pecado...”

No respondió. La insolencia de Martina tenía poca gracia cuando no estaban desnudos. Sin caricias que distrajeran su atención, era difícil que esa frialdad no le provocara cierta animadversión.

Caminó hasta el supermercado con la mirada fija en el horizonte, con la duda punzante y la respuesta inmediata que rechazaba la posibilidad. La pugna argumental sucedía en su interior, con lógicas indiscutibles defendiendo posturas que lo ubicaban en las antípodas de sí mismo. El sí y el no encerrados en ese cuerpo avejentado de atleta de antaño, en esas rodillas que empezaban a quejarse de la caminata posterior a la carrera, en esas articulaciones que ahora exigían dosis consuetudinarias de glucosamina. Podía haber sido cualquiera. O quizás sí eran sus delicadas manos recorriendo la brevedad de sus cejas. O no. Porque Eli sería incapaz. Eli jamás le fallaría así.

Recorrió los pasillos hasta encontrar la lechuga romana, la mostaza de Dijon y el queso parmesano, también una lata de anchoas y una pechuga de pollo. Fue tan breve como pudo y pagó de prisa: cuanto más temprano regresara, mejor. Eli lo encontraría con la comida hecha y quizás, sólo como una posibilidad en la que no se permitía ahondar, podría encontrársela en el camino de vuelta a la casa cuando ella saliera del gimnasio.

En el trayecto de vuelta, contó sus pasos en voz baja envolviendo la totalidad del entorno con la mirada, como si en ese gesto de paranoia clásica él fuera quien temía ser descubierto y no quien acechara. Pensó en lo limitado que era su campo visual y maldijo a la retina, al nervio óptico y a la fisonomía del rostro, que nos condenó evolutivamente a ver siempre al frente. Pensó también en Martina y en su voz ronca hablándole de cómo los herbívoros tienen visión periférica para no ser apresados por un carnívoro incluso cuando pastan agachados.

Eli entró a la cocina en el momento en que él vaciaba la yema cruda en un bol que contenía mostaza, vinagre y limón. La pechuga a medio asar siseaba en la parrilla

a un lado de la encimera donde se desinfectaba la lechuga sumergida en agua con yodo.

—La mía sin pollo y sin aderezo.

—¿Cómo sin todo eso? —preguntó en el tono con que se cuestiona una ofensa proferida—, así no tiene nada de César. Es nada más lechuga con parmesano.

—Yo no te pedí que cocinaras nada. El pollo está lleno de hormonas y no puedo comer huevo crudo.

—¿Por qué no “puedes”?

—Por la salmonela.

—¿De cuándo a acá, si mi César era tu favorita?

—Pues así, de un tiempo para acá. No quiero enfermarme y ya.

Claudio siguió a Elizabeth cuando se dirigió al baño. Se desnudó en el cuarto mientras ella lo hacía en el baño y una vez que escuchó el agua correr, entró.

—¿Nos metemos juntos? —dijo él ya abriendo el cancel de aluminio.

—Se te va a quemar el pollo.

Él soltó una risita aunque el gesto de ella permaneciera inmutable bajo el chorro de agua. Claudio se colocó detrás de ella y retiró su melena mojada para besarle el cuello mientras acariciaba la región de la cadera.

Surco glúteo, glúteo medio, abductor.

La rigidez en el cuerpo de su mujer era palpable. Quiso suavizarla alcanzando la parte interna de los muslos en la torpe exploración de quien conoce el camino pero teme recorrerlo.

Aductor, pectíneo, perineo.

Elizabeth le retiró la mano con un gesto contundente. La insistencia de Claudio se tradujo en más besos en la nuca, caricias de la mano izquierda sobre el pecho, la nueva acometida de la mano derecha en la entrepierna.

—No, Claudio, ahorita no.

—¿Por qué no? No te está bajando, no te duele la cabeza. Tú no vas a tener que hacer nada, yo me encargo de todo.

—Que no, que ahorita no.

Cada vez más cercanas a la sujeción y lejanas de la caricia, las aferradas manos del hombre estrujaban los músculos y las zonas blandas de Elizabeth, cuyo forcejeo para escabullirse empezó a tornar en un quejido ligero.

—Ya, Claudio. Déjame salir.

Rodeada por la cintura, Eli jalaba la puerta del cancel que él insistía en cerrar.

—No seas rejea. Vamos a hacer un hijo.

El chorro del agua azotaba contra el piso. En la caja sonora de los confines de la regadera, la voz de Elizabeth era cada vez menos tenue en la exigencia de zafarse. Claudio, perdido entre los mechones de la frondosa cabellera de su esposa, insistía en acomodarse para penetrarla en ese acto canino y brutal que consiste en separar las piernas de la hembra previo a la estocada.

Entre gritos y sollozos, alcanzó a articular:

—¡Que me sueltes, carajo! ¡Que lo vas a lastimar! Touché.

Después del instante de confusión, antes de que pudiera enunciar la pregunta, Claudio sintió una ráfaga de arena hirviendo que le laceraba el cuerpo.

Epidermis. Dermis. Subcutis. La irreconocible piel de Elizabeth, la piel lejana de Martina, la imposible piel de un bebé.

Contempló el agua que se deslizaba sobre las lose-tas azules hacia el desagüe, ese hoyo negro e infinito en el que le hubiera gustado derretirse hasta desaparecer.

Cabizbajo, lejos de verse pastando con esa visión periférica y absoluta que todo lo abarcara, imaginó que el líquido caliente que expulsaban sus ojos sólo podía ser sangre. Sangre inútil, viscosa y cegadora que le anunciaba que en este mundo animal él tampoco era más que un miserable y diminuto lagarto cornudo.

HASTA SIEMPRE, VAQUITA MARINA

Timothy dice que los platos se lavan con detergente y que mi idea de echarle vinagre a la tarja no hace ninguna diferencia, que es una idea “tercermundista”. Como en muchas otras cosas, el gringo se equivoca: la grasa sale más rápido, las ollas quedan más brillantes, el cochambre se cae más fácil. Y no lo inventé yo, eso me lo enseñó mi amá desde hace muchos años, cuando las cacerolas de caguamanta se acumulaban en las fiestas y lavarlas al día siguiente era un dolor de espalda. Pero qué va a saber Timothy, si en Texas seguramente sólo comen hot dogs.

Le gusta opinar de todo. De lo que sabe, de lo que no sabe, de lo que se imagina. Ayuda mucho que yo le entienda nomás la mitad de lo que dice, porque las doce horas que pasamos limpiando la cocina y lavando platos se dedica a hablar y hablar y hablar. A veces siento que estoy aprendiendo inglés sin darme cuenta, como si el radio estuviera encendido todo el día. Y ahí está el gringo, todo el día chingando, con que si para qué el vinagre, que por qué no ahorro ese dinero en lugar de gastarlo, que por qué no mejor se lo mando a mi familia. Cuál familia, le digo al pendejo, y cree que es broma.

A quién le voy a mandar cualquier cosa, si ya no queda nadie.

Él sí ahorra mucho porque no se gasta ni una cora en nada. Yo también voy guardando mis dolaritos, pero lo suyo sí raya un poco en la tacañería. Ni un chocolate se compra en el AM/PM de la gasolinera cuando vamos para allá. Y él tampoco tiene familia, pero por gusto: de lo que alcanzo a entender, se fue de su casa hace unos meses, que porque su papá era muy cabrón y de esos gringos que leen la Biblia para entretenerse y la toman como instructivo para la vida. En mi casa nunca la leímos ni nada, pero mi amá sí era muy creyente. Aunque no nos llevaba a misa, a los tres nos bautizó y nos puso a hacer la primera comunión. Con todo y todo, a Jacobo no hubo manera de sacarle el mal de adentro. Se le veía desde chiquito, pero ni cómo decirlo, si era el consentido. Yo pensé que por ser el menor y en realidad no: visto así, a la distancia, tal vez ella sí veía que había que tenerlo contento porque nadie lo quería de enemigo. Quién sabe.

Timothy dice que viene de un lugar muy pequeño cerca de Littlefield y yo me contento con sonreírle y hacer cara de que sé dónde es. *Oh, yes, yes*, le digo. Y él me pregunta si a poco no conozco a un tal Waylon Jennings, su ídolo, que es de allá y que la armó para convertirse en un músico muy rico y muy famoso. Otra vez sonrío: *oh, yes, yes*, le repito, y luego él se pone a cantar, como si con eso fuera yo a saber de quién habla, como si de aquel lado de la frontera hubiéramos tenido las estaciones de radio texanas.

Oh, yes, yes, my friend.

A Abel le gustaba cantar. Y cómo era malo para hacerlo. Se echaba todo el camino en la panga soltando a todo pulmón los mejores éxitos del Buki. Estaba tan convencido de su talento que a veces hasta se las cantaba a las muchachas para que salieran con él. Nunca tuve corazón

para decirle que el ruido del motor ayudaba mucho, que mejor les pusiera eso. De todas se enamoraba, a todas les encontraba una virtud que las hiciera merecedoras de un halago, de una sonrisita, de un buenos días, chula. Mi amá siempre dijo que las mujeres iban a ser su perdición y sí, de alguna manera lo fueron, aunque de no haber sido por Jacobo, aquí seguirían todos.

El otro día, cuando ya habíamos terminado la jornada, Timothy me enseñó su guitarra. Yo había visto el estuche en el almacén donde nos pusieron unos colchones. Tenemos también un baño ahí, pero no hay ventanas. Bien a bien no entiendo qué hace el gringo aquí, si él sí es americano. Es un plebitito, pero tiene ojos de viejo, ojos de quien ha visto más de lo que cuenta. Seguro así me ve a mí, que tampoco le cuento todo, pero a mis 34 años seguro le parezco un señor. A veces le hablo de mis playas y de mi gente, porque ni en Littlefield ni en Temécula hay mar y él nomás me dice que lo va a conocer ahora que logre llegar a Los Ángeles y que *one day*, cuando sea un músico famoso, va a tener una *mansion* en Malibú y me va a invitar.

Haz planes, miijo, le contesto. No entiende nada.

Ese día de la guitarra cantó unas del tal Jennings. Después buscamos en su teléfono las del Buki para que las conociera y así de puro oído logró sacar *Si ya no te vuelvo a ver*. No toca mal, el morro. Yo la canté y me corrieron las lágrimas al acordarme de Abel pegando unos alaridos tremendos de esa misma canción el último día que salimos en la panga.

Ese pinche día. Ha pasado casi un año y no hay amanecer que no piense en eso. Despierto aquí, en la oscuridad total medio pintada de azul por la luz de emergencia que Timothy y yo dejamos enchufada para no tropezarnos si nos levantamos al baño. Por eso me quiero

ir de Temécula, para conseguir un lugar donde vuelva a despertarme la luz del sol. Aquí la humedad y el frío no perdonan, como si viviéramos en una nave espacial sin tener la menor idea de lo que pasa afuera. Y afuera siempre pasa lo mismo: salir del almacén al restaurante, que no me vean y que no conteste preguntas. Sólo puedo ir a la tienda con Timothy porque es güero, porque a él no le preguntan nada porque su inglés de liga masticada lo hace ser local. Yo me escondo atrás, como colado en una fiesta a la que no me invitaron, como si el dueño de la casa me acechara para cazarme así como cazaron a todos los demás.

Yo ni siquiera quería venir. Vine para seguir vivo.

El único que quería estar de este lado era Jacobo. Decía que un día iba a tener una casota, con unos carrazos y muchas viejas. Lo decía desde que tenía trece años pero nadie le hizo caso, suficiente cargábamos Abel, mi amá y yo con ver cómo chingados íbamos a salir adelante. Lo único que teníamos era la panga que mi papá nos dejó cuando le pegó el infarto y después de la prohibición era imposible sacar nada del mar. Aunque uno no quisiera sacar totoaba, lo único que permitían era el uso de las redes esas que repartió el gobierno, que porque “esas sí cuidaban el ambiente”. Pura madre. Nomás hacían bulto para esconder tres míseros camarones flacos y un par de jureles. Nos las veíamos negras porque mi amá insistía en que no quería problemas y por eso no podíamos instalar nuestros chinchorros como los otros: como esos que se compraban *laptops*, celulares y construían casas; como esos que estrenaban pangas y trabajaban de noche. Como Jacobo, que dejó la secundaria pero empezó a llevar más dinero en un día que nosotros en la semana entera. Y eso que se quedaba una parte.

Estoy seguro de que cuando el gringo me pregunta de dónde soy, no me cree. Algo me ve en la cara cuando le digo que soy de Bahía Concepción y crucé toda la península para llegar acá. Nunca he estado ahí. Pero él tampoco, así que le echo unas historias sobre las mujeres más guapas del mundo, las olas y el color del mar. En realidad le describo mi San Felipe, pero qué va a saber de nada, si sólo ha visto tierra.

Pienso en Jacobo y en que nunca debimos ayudarlo esa noche.

Entró corriendo a la casa, rojo del esfuerzo. Había ido a pie desde la playa y llegó cuando mi amá ya se había dormido. Tenía los ojos inyectados de sangre, pero llenos de miedo también. Veintiún años tenía ya y lo vi chiquito, como si tuviera cuatro, pidiendo ayuda a jalones. Abel y yo nos trepamos al picap con él y nos condujo hasta la bahía, donde no nos dejó encender ni una linterna. La luna casi llena bastaba como foco.

Nos llevó a un lugar apartado, detrás de piedras y matorrales. Ahí había escondido una panga chiquita que no le conocíamos, se veía muy nueva.

—¿Te quedaste sin gasolina, pendejo? —pregunté.

Abel siempre fue más sereno que yo. Le tenía más paciencia a Jacobo y mediaba los encontronazos que yo me daba con el hijo menor. Ser el de en medio hacía que se entendiera con ambos, pero esa noche lo vi fuera de sí. Por primera vez mostró una rabia que no volví a verle nunca.

—¿A qué chingados nos trajiste, verga? ¿A resolver tu cagadero? ¿Por qué no fuiste con los cabrones con los que andas?

La vi adentro de la panga, despedazada de un lado, con la boca bien abierta y los ojos en blanco. Es raro cómo las vaquitas tienen los ojos y los labios delineados de un

negro intenso. Yo nunca había visto una, y sí, hasta muertas son tiernas. Parecen un delfincito maquillado para la fiesta.

—¿Y para qué la sacaste? ¿Por qué no la hundiste y ya?

—Por pendejo —me contestó Abel— porque este estúpido es muy bueno para meterse en broncas y esperar a que alguien se las resuelva.

Jacobo no decía nada. Aguantó todo lo que se dijo de él con los puños apretados y la quijada bien trabada. Estaba claro que no podía responder porque entonces se hubiera quedado él solo con su machete despedazando al animal y con su pala cavando hoyos a medias entre las matas ralas de los arbustos que separan la playa del desierto.

La única solución era esconder los despojos mientras llegaban los coyotes y los zopilotes a tragárselos.

Era más fácil hacerlo entre tres.

Ay, así es, así es/ Mi querido Cuco, así es/ Estas cosas que pasan canta Timothy cada vez que me saluda en la mañana. Sólo eso retuvo de la canción y con eso es suficiente para torturarme. De por sí me levanto pensando en Abel y en mi amá, y luego viene el plebitito a recordarme ese día en especial. Abel estaba cante y cante en la panga, que porque iba a ir por unas cheves con una gringa que había conocido echando unos mariscos en La Carreta y me convenció de acompañarlo porque, según él, en México las gringas nunca andan solas y chance hasta me tocaba cotorrear con una amiga suya.

Pues esta no, le dije cuando llegamos, esta sí anda sola. Me quedé por ahí en El Camaleón jugando billar mientras ellos estaban risa y risa en la barra. Yo me seguía preguntando qué le veía Abel a los cachetes rositas y el

pelo casi blanco, a los dientes amarillos y las manos picudas como conitos. Hasta pezuñas parecían. Pero aquél a nada le hacía ascos y menos cuando se le juntaban muchas caguamas y se ponía querendón.

En algún momento, las risas se convirtieron en una discusión que no supe si era amistosa o no. Me acerqué pensando en que no fuera a ser que Abel le neceaba sobre que se fueran juntos, a veces se ponía encimoso y luego las gringas son muy especiales para eso. Pero no. El pleito era por un número.

—Quedan 32 según el último dato.

—Ya son menos.

—¿Por tus observaciones expertas?

—Por lo que sea, güera. Réstale una. Ustedes vienen acá y creen que tienen toda la verdad por sus pinches aparatos, pero no. No saben lo que pasa.

Abel arrastraba la lengua.

—Pues si somos tan tontos, di lo que pasa. Necesitamos que la gente nos hable para poder ayudar a la comunidad.

Si hubiera sido un vato, Abel le habría soltado un botellazo. La misma mirada que le echó a Jacobo días antes, le incendió la cara con la gringa.

—¿Ayudar a la comunidad? Vinieron a cuidar animales y nos dejaron sin jale. No podemos sacar ni madres con sus redes inútiles, nomás hay futuro para los que trabajan sin ley. Y con ellos no pueden, así que vienen y nos chingan a nosotros. ¿Quieres ir a contar putas vaquitas? Ve y busca lo que queda de ellas entre las matas de la playa, ve a llorarles a ellas mientras aquí nos morimos de hambre.

El asunto pudo haber quedado ahí. Y eso pensé que pasaría, que Abel y yo regresaríamos a la casa mentando

madres y algún día nos reiríamos de la gringa del bar que se volvió loca y se puso como si fuera la tripulación del Sea Sheperd, ese puto yate de extranjeros que quieren salvar al mundo una vaquita a la vez y son como la policía pero con todavía más ganas de chingar.

Sí era tripulante.

Dos días después, cuadrillas enteras de federales revisaban la playa y entrevistaban a la gente en la calle y en sus casas. Habían encontrado lo poco que quedaba de la vaquita de Jacobo y necesitaban entambar a alguien para que los gringos no se les fueran encima. No sé qué poder tenían los del barco ese, ni con quién estaban liados, pero el gobierno ponía todo a su disposición y los querían contentos.

—Por eso la gente no quiere al pinche barco ese —le dije a mi amá. Asomada hacia la ventana, hizo un ademán para que me callara.

—¿Qué me van a hacer? Si dizque son científicos, nomás.

—Son gringos, Isaías.

Timothy es un gringo raro. Es diferente a los demás que hay por aquí. Es igual de blanco que el resto, pero se comporta como si a él también lo fuera a cazar la migra. Hay veces que me pregunto qué esconderá el plebito y a qué le huye, pero tampoco lo pienso mucho: todos tenemos algo que esconder. Y lo cierto es que el morro me da ternura, ahora le ha dado por practicar más canciones del Buki para tocarlas y que yo las cante. Luego también canta las que le gustan a él y yo le aplaudo y nos reímos mucho pensando en cuando sea famoso y qué vamos a comprar en su mansion. Me gusta ver que se ponga soñador, como si se le iluminara la cara de golpe.

La marina instaló campamentos a lo largo de la playa. Ahí donde encontraron a la vaquita, donde los amigos de mi hermano tenían instalados sus cientos de chinchorros, patrullaban día y noche en tres turnos distintos. Abel y yo hablábamos del dineral que debían estar perdiendo con toda la totoaba que se estaría quedando ahí atorada sin que fueran a sacarla, con los miles de dólares que podían estar ganando al día. Jacobo apenas salía de la casa mientras mi mamá hacía canastas de burritos para venderle a los federales y Abel y yo salíamos con nuestras redes a sacar algas y basura. No agarrábamos nada.

Un día le pedimos a Jacobo su panga nueva para irnos más al sur porque el motor de la suya era mucho más aguantador. Íbamos a probar suerte, a ver si allá encontrábamos qué sacar y a ver si allá no había tanta patrulla revisando qué redes usábamos. Por él supimos que ya no la tenía, por mi amá supimos que le habían prendido fuego.

Aunque para nadie era secreto de dónde venía ese fuego, no dijimos nada. Y vino del mismo lugar que el que nos quemó la casa con todos adentro.

Aquella tarde, mi amá entró a la casa dando un portazo. Fue derecho al cuarto de Jacobo y lo sacó de la cama. Lo llevaba de las greñas cuando Abel y yo nos acercamos a separarla. Por primera vez en la vida, le gritó hasta desgañitarse, entre lágrimas y cachetadas preguntándole qué había hecho, qué chingados había hecho. Algo oyó mi amá con los federales que la tenía fuera de sí, completamente histérica. Abel la tenía abrazada y Jacobo se quedó sentado en el piso, pidiéndole perdón, diciéndole que no había sabido qué decir pero que él lo iba a resolver.

—Qué vas tú a resolver, chamaco pendejo. No me pidas perdón a mí, pídeselo a tu hermano. A ver cómo lo

sacas de la bronca, él que nomás fue a ayudarte a reparar tus tonterías.

Abel y yo no entendimos de qué hermano hablaba pero estaba claro que los federales irían por alguno de nosotros. A uno de los dos le esperaba que se lo llevaran a la ministerial y luego a la cárcel y entonces habría que conseguir dinero para un abogado. Yo ya me veía vendiendo el picap. En los ojos de mi hermano reconocí que los dos estábamos hasta la madre del escuincle, pero no había mucho que hacerle. Salí por unos cigarros y un té de pasiflora para mi amá porque nos esperaba una noche muy larga.

Diez minutos me tardé, cuando mucho. Los mismos diez minutos que les tomó convertir todo en cenizas. Desde una cuadra antes de llegar, vi la columna de humo y las llamaradas extendidas hasta el cielo. No quedó nada de nosotros, ni de lo nuestro. Fue la última vez que puse un pie en San Felipe.

Timothy dice que nos vayamos ya a Los Ángeles, que allá la gente sí es libre. Y por qué no. Él quiere conocer la playa y a mí me gustaría volver a mojar me los pies en el mar, llenarme los dedos de arena, oler la sal. *Ain't living long like this/ Can't live at all like this, can I baby?* me canta para convencerme. De lo que sea que huyamos, no está mal que huyamos juntos.

A LA VELOCIDAD DEL BERRENDO

El paloverde florece en marzo. Es un pensamiento fugaz que llega de súbito a Lorena cuando recuerda los rayos de sol colándose entre las flores del jardín de la casa de sus padres: un haz de luz que pasaba de tener una forma delgada y casi tubular a cegarla con insólita potencia si lo miraba de frente y no de costado.

Su madre barría los pétalos de la plancha de cemento donde colocó el tendedero. Todos los días aparecían los mismos montículos de flores cafés, muertas y lánguidas, que distaban mucho de la turgencia y los tonos amarillos de las que aún permanecían en las ramas. Escoba en mano, refunfuñaba sobre la cantidad de basura que generaba el árbol ese, arrepintiéndose, decía, de no haber plantado otra cosa cuando llegaron a vivir a esa casa. Su padre se reía desde la cocina donde Lorena esperaba el almuerzo antes de irse a entrenar: medio sándwich de jamón, zanahorias con chilito piquín y un plátano para los calambres. El entrenamiento duraba dos horas en las que Lorena estiraba, calentaba y daba cuatro vueltas a la pista olímpica del polideportivo antes de las pruebas de velocidad.

—Está loca. Claro que adora ese árbol, si es la envidia de las vecinas.

El suyo era uno de los pocos jardines de la colonia que ya tenían sombra. Al resto de las casas, construidas casi una década después de que ellos llegaran a La Paz, lo decoraban árboles ralos, escasas varitas que prometían crecer en algún momento en que la sequía veraniega dejara de durar casi ocho meses, como había ocurrido los últimos años.

Pero aquí no hay flores amarillas, ni rayos de sol, ni jardín. El terreno árido e inhóspito del clima semidesértico del norte sólo permite que crezca una maleza enana que sobrevive sin ser regada y se apodera de porciones enteras de terreno para después marchitarse y dejar su cadáver ocre y espinoso sobre la superficie. Las raíces eventualmente serán expulsadas de la tierra. La tenue luz de la luna nueva conserva la oscuridad de los cerros a su alrededor, que forman una especie de muralla donde sólo se reconoce el cielo porque en esa negrura sí hay estrellas. No hay una luz cuya fuerza alcance a cegarla y ahora tiene todo el sentido que se pregunte por qué no ve nada mientras su cabeza, por tercera vez, es azotada contra el piso de la habitación. Lorena ignora que las contusiones craneales son la causa principal del desprendimiento de retina, aunque lo cierto es que tampoco tiene tiempo para acercarse a esa conclusión por sí misma. Su reflejo instintivo es colocarse en posición fetal, proteger los órganos vitales y entregar el costado derecho. Con la espalda dispuesta contra la pared y las piernas pegadas al cuerpo, el margen para recibir una serie de puntapiés se reduce a las espinillas. Como si quisiera introducir la cabeza hasta el pecho para enroscarse en una maniobra imposible para casi cualquier vertebrado, cubre su rostro.

El grito. El aullido. El eco. La nada.

Lorena nunca gritó en las montañas rusas, tampoco en las películas de terror. Ni siquiera cuando estuvo a punto de ahogarse en la playa a los diez años. Hoy lo hace de la manera más animal y rudimentaria, quizá de la más honesta, para pedir ayuda: no logra articular una palabra, sino que se limita a eso: al grito que se gesta en la entraña y a su paso le desgarran la garganta, ese puñado de alfileres lanzados al vacío desde el tórax que abandona su boca para perderse en la espesura que circunda el prado vacío.

Está un paso más cerca de la afonía. Del silencio.

De que el eco no devuelva más el sonido de su propia voz.

Entonces recibe una tregua insospechada. Sergio se retira y deja caer su peso sobre la cama, donde se sienta para encender un cigarrillo sin filtro que se le pega al labio inferior. Lorena permanece refugiada en su propia calidez, encaramada sobre la loseta fría y hostil del suelo. Una sensación de ardor punzante le recorre el rostro en el espacio de una mano abierta que se quedó marcada sobre su pómulo enrojecido.

Abre los ojos sin incorporarse. Desde ahí abajo, la silueta de Sergio es aún más grande y vistosa: los pliegues en la nuca, las pesadas gotas de sudor que se esconden entre su cabello ralo, la amplitud de su vientre hinchado y redondo. Agotado, resopla con un ligero silbido que se escapa con cada exhalación y emite el sonido gutural propio de la flema que sube y baja por su garganta.

En qué momento, se pregunta ella, en qué momento. La figura de su esposo le resulta completamente ajena, como si el hombre con el que ha compartido casa los últimos 20 años fuera un desconocido, una suerte de Jabba the Hut que lo hubiera engullido poco a poco hasta no de-

jar rastro de él, porque del atleta que le presentaron como su nuevo entrenador veintiséis años atrás no queda nada.

Aquella vez, ella llegó tarde al entrenamiento. Joselo, quien dirigiera al equipo municipal de atletismo, estaba de pie en la parte baja de las gradas mientras el resto de las niñas permanecían sentadas. Lorena era de la generación más chica, a sus trece años apenas llevaba dos con ellas. Lucy y Cecilia, con dieciséis y diecisiete años, eran las veteranas, y Jessica, de catorce, competía con ella. Las demás entraban en lo que el propio Joselo llamaba “población flotante”: niñas que asistían con poca regularidad y estaban buscando el deporte que las convenciera, pero carecían de la disciplina indispensable para ser velocistas.

Sergio acababa de llegar de Tijuana para integrarse al grupo de entrenadores. Habló de su experiencia como corredor, de lo motivado que estaba para que este equipo fuera conocido a nivel nacional y de la posibilidad de correr en Juegos Olímpicos como él, que había corrido en Atlanta ‘96.

—Qué guapo, ¿no? —le susurró Jessica.

—Pues, sí tiene algo...

—Lo que no voy a tolerar es la indisciplina. La hora de llegada es puntual, un minuto tarde es tarde. Y la que más silencio debería estar guardando es precisamente la que no llegó a la hora —interrumpió Sergio.

Ruborizada, Lorena asintió con la mirada gacha. Calentó y estiró mientras combatía el nudo en la garganta y mantenía enquistada en el rabillo del ojo una lágrima que no terminaba de caer.

—No le vayas a llorar, mi niña —le dijo Joselo antes de su entrada a la pista para las pruebas contrarreloj—, demuéstrole de qué estás hecha.

Joselo era lo más cercano a un abuelo. Con lo que quedaba de la familia de sus padres instalada en Hermosillo, el contacto con el resto de la parentela había sido esporádico y se reducía a las fechas especiales donde coincidían todos: navidad y año nuevo, si acaso. Pero a él lo veía tres veces a la semana, él había estado en todos sus cumpleaños desde que ella tenía ocho años y había empezado a correr; era una presencia constante en casa, en las fiestas familiares, en las competencias con otros municipios. Sabía cuándo hacer que apretara el paso y cuándo permitir que lo relajara, tanto en la pista como en la vida diaria.

Aquella vez corrió más rápido que nunca. La vergüenza había resultado un poderoso motor para la concentración y el desempeño: muy dentro de sí, Lorena se negaba a ser vista como la nenita del equipo, la bebé que lo hacía más lento por ser la más pequeña. Y así sucedió en el resto de los entrenamientos también. Empujó más, dio más, obedeció en cada instrucción sin chistar. Si eran 100 sentadillas, las daba; si eran 90 segundos en escuadra contra la pared, resistía el dolor de los muslos sin quejarse. Fue testigo de la transformación de Lucy y Ceci cuando empezaron a asistir con moños en el cabello, uñas pintadas y ojos delineados, y fue la primera en reírse bajito y celebrar que Sergio les dijera que eran corredoras, no cabareteras, y que necesitaban respetar la pista porque todavía estaban muy lejos de ser la Fraser-Pryce como para darse esos lujos.

—¿Cuándo has visto un pavorreal verdaderamente rápido? Esas cosas estorban, mi niña, esas cosas distraen. ¿Te parece que los animales más rápidos son los que más se lucen? El antílope, la chita, incluso el avestruz —decía Joselo.

—Ninguno de esos es de por aquí, puro animal exótico —decía ella—, aquí hasta los animales son lentos.

—¿Y el berrendo?

—¿Quién?

—El berrendo. 95 kilómetros por hora. Y deja tú eso, puede mantenerlo durante varios minutos. La chita y sus 100 kilómetros duran 13 segundos. El berrendo lo sostiene durante minutos. Lo nuestro es la distancia, la paciencia, la perseverancia. Benjamín Paredes, Isidro Rico, Rodolfo Gómez. Tuvimos grandes maratonistas, ahí tienen a los rarámuri.

—Yo no quiero correr 42 kilómetros nunca.

—Entonces corre 3 mil metros. No tiene caso que entrenemos para los 100. No estamos hechos para eso. No tenemos la altura, ni la configuración ósea, ni la facilidad de desarrollar esos músculos.

No le llores, se repite Lorena con un hilo de voz mientras gira sobre su cuerpo para extender las palmas de las manos sobre el piso. Tras parpadear varias veces, logra medianamente volver a enfocar los objetos más cercanos a su rostro. La mesa de noche aún está fuera de foco cuando se pone de pie para sentarse, ella también, sobre la cama.

—No sé en qué momento nos convertimos en esto, linda —dice él, al tiempo que limpia con la mano el hilo de sangre que escurre de la ceja de Lorena.

El aliento de Sergio llega hasta ella con el dulzor del alcohol digerido, ese inconfundible aroma a cloaca espiritual, porque todo lo que entra en ese cuerpo cae en un vacío rodeado de órganos ulcerados por la continua producción de jugos gástricos. El interior de su esposo es un medio inhóspito que sólo es capaz de albergar frustración, inmundicia, podredumbre.

—Yo no tendría que disciplinarte de esta manera si entendieras que eres mi esposa y tu papel no es reírte. Si Genaro hace una broma sobre mí y tú te ríes, me haces ver mal, me dejas en ridículo.

Con la mirada clavada en sus manos hinchadas sobresaliendo de un entorno que parece sumergido en la bruma, ella no emite más respuesta que un silencio acompañado de un ligero encogimiento de hombros. Ni siquiera sabe de qué broma habla Sergio, ni recuerda si hubo risas, muecas, o sonrió por compromiso sumida en la esperanza de que esa vez sí se fueran temprano. En qué momento, se repite. En qué momento aceptó casarse con Sergio para tratar de vivir con él en California. Porque visto en retrospectiva, ella no obtenía nada de ese matrimonio, sino que a él le permitiría vivir con ella cuando obtuviera la beca de UCLA para correr. Pensó en Joselo y en lo diferente que sería el panorama si él hubiera seguido entrenándola, si la vida no les hubiera propinado ese revés.

Para todas fue sorprendente la forma como Joselo empezó a ceder los espacios y las responsabilidades en la pista a Sergio. La frecuencia de su asistencia disminuyó, al igual que su masa corporal, su ánimo y la posibilidad de estar de pie hasta que terminó por admitir lo que ocurría porque ya no había manera de ocultarlo: la progresión de la esclerosis fue tan violenta y abrumadora que en cuestión de meses lo ató a una silla de ruedas. Él, que había sido corredor y amo y señor de los 5 mil metros en el noroeste; él, la pértiga más famosa de Baja California por haber vencido a los gringos en unos panamericanos, se marchitaba poco a poco sin remedio, como si le extrajeran la sangre del cuerpo, como si el tiempo le succionara la vida por las noches y lograra que cada día amaneciera peor.

Hasta que un día no amaneció más.

El cumpleaños número 15 de Lorena fue el primero en el que Joselo no estuvo y, en una especie de augurio de que la infancia se le desvanecería de golpe, el primero en que no hubo fiesta ni pastel. No sólo no supo lo que era utilizar un vestido de quinceañera, sino que tampoco asistió a las de sus amigas, cada vez más lejanas debido a sus constantes negativas a aceptar invitaciones a salidas, convivios y celebraciones.

Sergio no permitía que estuviera en otro sitio que no fuera su casa, la escuela o la pista en los 11 meses de la temporada de competencias con el argumento de evitar cualquier distracción en su preparación. Alfonso y Beatriz celebraban la disciplina de su hija y la oportunidad de la que les había hablado el entrenador en relación con una beca deportiva que le permitiera estudiar en una escuela privada en Tijuana, donde a menudo asistían buscadores de talentos para nacionalizar atletas mexicanos con potencial para recibir patrocinios. No era secreto para nadie que los *scouters* conseguían mexicanos y centroamericanos en vista de que sus exigencias económicas eran menores: lo único que pedían era ser becados en las universidades y estaban dispuestos a ceder hasta el 50% de las ganancias cuando lograban conseguir *sponsors*. En el mundo de las competencias universitarias, les explicaba Sergio, el peor negocio era conseguir un atleta blanco porque eran menos capaces y menos sacrificados. Los *scouters* rastreaban minorías étnicas cuya forma de lograr el sueño americano fuera a través de la constancia, el entrenamiento arduo y el talento.

Lorena tenía los tres.

Así fue como terminó haciendo el último año de preparatoria en una escuela privada y empezó a vivir con Sergio en Tijuana. La burbuja inmobiliaria de California

había elevado los precios al grado de provocar que los gringos del sur —desde San Diego hasta Chula Vista— buscaran rentar departamentos mucho más cómodos en barrios clasemedieros de Otay y Playas de Tijuana. Al cotizarse los precios en dólares, el alza de las rentas en el lado mexicano fue inevitable. Los gringos estaban dispuestos a pagar tarifas a las que los mexicanos no podían aspirar percibiendo salarios en pesos y Sergio no consiguió más que un cuarto pequeño con un baño y una cocineta en las inmediaciones de la escuela a la que ella asistiría, cercano al único polideportivo de la zona que contaba con pista olímpica de tartán. Entre otras cosas, Lorena accedió a decirle a sus padres que en el departamento había dos recámaras.

Pero no era así.

Sergio le había demostrado, con números precisos, por qué era más barato comprar una cama matrimonial y no dos individuales. Además del precio de los colchones, ahorrarían en sábanas, en agua al lavar sólo un juego, en gas y en detergente. Ese sobrante les permitiría comprarle tenis nuevos a Lorena y probablemente un traje de licra que la hiciera ver más profesional cuando los visitaran los cazadores de talentos. Lorena accedió no sin cierta reticencia, del mismo modo que accedió la primera noche que él le propuso abrazarla para que el frío no calara tanto y del mismo modo que accedió a sentir sus manos gruesas y rasposas en el cálido espacio de su pecho y su entrepierna cuando él fingía estar dormido.

Poco a poco la dinámica se organizó de manera que se convirtieron en una pareja de hecho. Ella asistía a la escuela mientras él negociaba la posibilidad de becas y estancias en distintas universidades de Estados Unidos y se encargaba del funcionamiento del hogar. Esperaba a

Lorena a la salida y la llevaba al campo de entrenamiento, donde las tres horas diarias se diluían entre trabajos de fuerza, resistencia y explosividad. Se encargaba también de que ella hiciera las tareas de la escuela y mantuviera el promedio que le permitía conservar la beca al tiempo que documentaba todo para enviárselo a sus padres.

Cuando ellos la visitaron por primera vez, el tema de los espacios para dormir fue inevitable.

—No, mamá. Claro que Sergio duerme en el sillón. Así nos hemos acomodado, el departamento ya venía con esa cama en el cuarto.

—Mija, ¿Sergio te trata bien?

—Sí, claro. Me ha ayudado mucho a entrenar. Hasta consiguió que vinieran un par de visores de California.

El recuerdo de esa conversación hace que los ojos se le llenen de lágrimas al pensar en el ceño fruncido de Beatriz que acompañó la pregunta. Lorena puede no llorarle a Sergio, pero a su madre sí, a su madre y a la mirada triste que le reconoció cuando le dijo que se casarían para que él también pudiera vivir en Los Ángeles y siguiera entrenándola para ser atleta olímpica. A su madre que le pidió que no se casara, que consiguiera otro entrenador en la universidad; a su madre que le insistió en que 25 años era una diferencia enorme y ella no tenía por qué casarse a los 19 porque era una niña que apenas había terminado la preparatoria y podía estudiar una carrera, porque Sergio no era su talento, ni su velocidad ni la potencia de sus piernas.

A su madre, a quien le había respondido que no entendía nada, ni de los entrenamientos, ni de los entrenadores, ni de tener sueños.

La boda fue un trámite en el Palacio Municipal. Alfredo y Beatriz insistieron en la necesidad de una ceremonia por la iglesia y sólo cedieron hasta que Sergio

y Lorena aceptaron que harían un casamiento en forma cuando tuvieran el tiempo y el dinero para planearlo, porque en aquel momento urgía el acta de matrimonio para poder instalarse en California una vez que Lorena fuera seleccionada. Si no era en UCLA, viajarían a otras universidades menores, incluso en otros estados, para conseguir alguna beca y, si todo salía bien, el tan esperado patrocinio. Sergio estaba dispuesto a trabajar de ilegal en donde fuera porque, le aseguraba a Alfredo, él tenía fe ciega en las capacidades de su hija.

—Cuídala mucho, Sergio. Es una niña muy soñadora.

—Y eso la hace tan especial, don Fredo. No se preocupe. Voy a cuidar a mi mujer más que a mis ojos.

Conforme disminuye la concentración de adrenalina en su sangre, las extremidades de Lorena resienten las punzadas de las zonas donde muy pronto aparecerán moretones: los antebrazos, las costillas, las piernas, el labio superior y la ceja.

—Tú no puedes comportarte así enfrente de mis amigos, ¿me oíste? Me parto el lomo manejando todo el día un pinche taxi después de tu pendejada, que nos trajo hasta aquí, y tú te atreves a reírte de mí.

No había día en que la obsesión de Sergio les diera un descanso para no hablar de eso. Como si ella lo hubiera hecho a propósito, como si la gran perdedora de esa carrera contra un futuro de mierda no hubiera sido ella. Como si no sintiera el ácido sulfúrico de la posibilidad de otra vida corroyéndole la cicatriz de la rodilla con cada empujón, o cada vez que él la había agarrado del brazo con fuerza, o con cada vez que le rodeó el cuello con la mano para hacerla callar.

Tu pendejada, decía él. Tras los ojos cerrados de Lorena se despliega la pista perfecta de las instalaciones

de UCLA cuando habían llegado a Los Ángeles: los banderines azules y amarillos y el anuncio del selectivo que definiría los atletas que la universidad podría conservar para subvencionar sus estudios. La gente en el estadio, los patrocinadores mezclados en las gradas. Imagínate, le decía a Sergio, imagínate que un día sea mi cara la que aparezca en los anuncios de Nike, que me regalen los tenis, las licras, que me paguen los viajes a los mundiales de atletismo.

—Primero concéntrate en correr, linda. Un paso a la vez.

—¿Y si sí? ¿Y si la armamos en grande?

—Un paso a la vez. Un paso a la vez.

Aquel día dividieron los clasificatorios en cinco carreras. La estructura de la competencia se desarrollaba a través de eliminatorias: de cada ocho competidoras, seleccionaban a cuatro que pasaban a la siguiente ronda y así sucesivamente. Sin embargo, la victoria no radicaba por completo en llegar en primer lugar, sino en que algún visor reconociera la técnica y el potencial e hiciera un análisis a largo plazo de cuán lejos podrían llegar las atletas en cuestión.

La voz de Sergio se pierde a lo lejos, como un murmullo casi imperceptible cargado de reclamos y arrepentimientos que se manifiestan en su forma de mesarse los cabellos y restregarse la cara, acompasados por el histérico movimiento de su pie derecho. Lorena conoce este *drill* que se ha repetido como slogan pegajoso de comercial antiguo una y otra vez. Tu pendejada esto, tu pendejada lo otro; si hubieras hecho esto, si no hubieras hecho lo otro. Y ante esa retahíla de escenarios que no sucedieron, la imagen de ese instante es inevitable: el tercer hit eliminatorio después de haber llegado segunda en las dos carre-

ras anteriores y los saltitos para aflojar el cuerpo y soltar la tensión. La sensación de los spikes sobre la mejor pista en la que hubiera corrido. Las dos vueltas frente a ella: ochocientos metros que domina desde pequeña porque Joselo primero le enseñó a correr tres mil y después a arrasar en medias distancias.

Sus pies están acomodados sobre el *starting block* del carril número siete. El izquierdo enfrente, el derecho detrás. Las corredoras, espaciadas a sus costados, son invisibles porque su atención está concentrada en los límites que marcan las líneas y en la sensación rugosa y áspera de la superficie bajo las yemas de sus dedos.

El disparo. La salida.

El latigazo repentino y la confusión. El instante en el que se preguntó si alguien le había lanzado algo, si era una patada detrás de la rodilla, si tenía una pierna cercenada. El dolor tan agudo como incomprensible. La imposibilidad de caminar, la silla de ruedas, la ambulancia.

El fin.

El diagnóstico fue una ruptura de ligamento cruzado que requirió dos operaciones en un año. Ambas se realizaron en Tijuana gracias al apoyo de sus papás, a las rifas que organizaron en su escuela y a las donaciones. Estaba claro que no volvería a competir.

—El ligamento cruzado es una de las lesiones menos compasivas con los atletas —le dijo el ortopedista en aquel entonces—, puedes volver a nadar y a trotar, pero cualquier deporte que requiera explosividad te va a regresar al quirófano.

Ni la disciplina en la rehabilitación ni el vigor para volver a los entrenamientos bastaron para que recuperara sus tiempos. El piquete permanente en la parte posterior de la rodilla impedía las distancias largas y las altas ve-

locidades por igual. Condenada entonces al trote ligero y al deporte amateur, abandonó por completo el atletismo y se dedicó a conseguir diversos empleos que le permitieran contribuir a la economía del hogar: recepcionista de varios consultorios, cajera de supermercado y, su trabajo actual, cuidadora de ancianos en una clínica de Villa del Campo.

Sergio la hostiga con un repetitivo monólogo que ha logrado agotarla. Aturdida aún por el dolor de cabeza y fastidiada por el irritante sonsonete de las palabras que emergen de la boca cuya saliva se aglomera en las comisuras de los labios, pronuncia para sí la frase que había saboreado durante décadas sin atreverse a darle voz:

—A lo mejor mi pendejada fue no tener un buen preparador físico.

La respuesta es inmediata. Sergio se abalanza con inusitada agilidad, la misma que parecía haberse perdido entre años de decadencia y de contentarse con migrar del sofá de la sala al asiento del coche. Aunque Lorena intenta escabullirse, el peso completo del hombre descansa sobre ella: sus brazos están bajo las piernas de Sergio, que sostiene entre las manos su cuello largo y delicado. Como si montara un toro mecánico a baja velocidad, esquivar las patadas que ella intenta propinarle no significa reto alguno.

Los ojos casi desorbitados de Lorena se encuentran con la mirada torva y furiosa de Sergio, poseído por el trance de la rabia que se alimenta de la humillación. Mientras un pulgar se clava en el breve espacio de su tráquea, Lorena piensa en sus padres, en las flores amarillas del paloverde de su jardín y en la distancia que la separa de ellos convencida de que algún día, cuando renazca en berrendo, tendrá la habilidad de recorrer casi 100 kilómetros en una hora y no se detendrá hasta perderse en la llanura.

EL ÚLTIMO VUELO DEL CARACARA LUTOSA

—Dice Damián que sí lo quiere.

—Dile que pida otra cosa, que eso no.

—Dice que quiere el de Mario Bros.

—Dile que pida otra cosa, que eso no.

—Dice que el de agua no, el otro.

Miranda es así. Necia. Uno pensaría que puede soltar respuestas con asombrosa agilidad, pero lo cierto es que no son más que parte del pensamiento anterior encadenado: no escucha. Estoy convencido de que podemos sostener conversaciones que parecen eso, conversaciones, pero son sólo intercambios artificiales en los que intervengo en su monólogo en voz alta. Y se dan, como ahora, cuando ni siquiera cruzamos miradas. La suya está concentrada en restregar una mancha imposible de la encimera y la mía sigue detenida en separar los filtros de café.

—No quiero un brincolín para la fiesta de Damián, Miranda.

—Y está bien. Pero Damián quiere uno y es su fiesta, no la tuya. En tu fiesta, tú decides lo que quieras.

Su cabello largo y negro le cubre la mitad del rostro mientras permanece agachada combatiendo con toda la fuerza de su brazo derecho la marca que dejaron unas gotas de vino sobre el cuarzo blanco de la cubierta. No sé

cómo decirle que su esfuerzo es inútil porque necesita un solvente, el jabón sólo va a lograr que termine adolorida del brazo y frustrada por no haberle hecho ni cosquillas a la mancha.

—Sí entiendes por qué no quiero, ¿no? Sí entiendes que es un tema de seguridad, ¿cierto?

—¿Otra vez, Armando? ¿Otra vez vamos a escuchar la historia de tu amiguito como cada año que queremos rentar un brincolín?

Separo el filtro en silencio y lo coloco en la cafetera antes de encenderla. Cuando la estrecha cocina de la casa me impide pasar a mis anchas, ambos contraemos el cuerpo para no tocarnos ni con el menor roce.

Hay veces que no la soporto.

El Caracara no era mi amigo. Era un compañero de quinto de primaria que venía del centro del país porque a su papá le habían dado trabajo aquí. Puebla, Tlaxcala, Querétaro, yo qué sé. En aquel entonces, el que se dedicaba a joder a diestra y siniestra a cualquiera que se le cruzara en el camino era Lucho, un niño considerablemente más corpulento que el resto, que tenía la habilidad —y la posibilidad, gracias a su altura— de propinar unos extraños coscorriones que derivaban en sentón. Eran rarísimos. Lucho no golpeaba con el puño cerrado y la mano de frente, como cualquiera, sino que utilizaba la parte inferior de la mano, como cuando uno estampa un puño sobre la mesa. Eso hacía un golpe sordo, muy molesto, que no dejaba chichón pero sí un mareo peculiar. Y así iba Lucho por los pasillos, gritando a voz en cuello las estupideces más grandes de las que sólo se reía el séquito que lo acompañaba para no recibir esos coscorriones.

Pero el reinado de Lucho se terminó con la llegada a mitad de año del Caracara. Su última gran aportación

al universo de los apodos de la primaria fue ése, el del Caracara, cuyo verdadero nombre era Daniel. Aquel día veíamos, entre bostezos y lanzamientos de proyectiles de plastilina, bolitas de papel meticulosamente afianzadas con saliva y objetos indeterminados, un tedioso documental sobre las especies extintas en la península de Baja California. No podía ser menos relevante lo que pasaba en la pantalla mientras nos protegíamos de no recibir un escupitajo en forma de papelito propulsado a toda velocidad a través de la cubierta plástica de un bolígrafo vacío. Entonces salió en pantalla la imagen de un ave que parecía tener una especie de tupé negro en la cabeza, equiparable a que le hubieran rapado las plumas de los costados y la parte trasera.

—¡Esa madre es idéntica al Daniel!

La risa fue generalizada. En cuanto la voz profunda del locutor del video identificó a la especie, Daniel perdió el nombre pero ganó identidad: el Caracara. Contrario a lo que uno pensaría de la reacción de cualquier niño nuevo, lejos de padecer el apodo asumió que el caracara también era un depredador.

Por su parte, Lucho dejó de ser Lucho para convertirse en Nanny, aquella pata inmensa que se dedicaba en cuerpo y alma a cuidar del Conde Pátula. Ese apodo fue suficiente para lograr que se retrajera hasta volverse casi invisible. Sentado al fondo del salón, se quedó sin el apoyo de los cuatro buenos para nada que solían acompañarlo a todas partes y siguió obteniendo las mismas calificaciones que lo llevaron a cursar por tercera vez quinto de primaria.

El Caracara era distinto. No se metía con los más desvalidos, como Acosta, que tenía un severo problema de acné, o Lugo, cuyos dientes habían desafiado todas las

leyes de la física al interior de su boca y sus padres no tenían dinero para llevarlo al dentista. De ellos, y de muchos otros como ellos, el Caracara no hacía leña. La hacía de Otamendi y su ridículo reloj-calculadora, o de Laurita Sanabria y su afán de presumir sus porquerías nuevas de Hello Kitty cada semana. Muy en el fondo, el Caracara era una especie de Robin Hood en la primaria, a lo cual todos atribuíamos que los maestros le dejaran hacer lo que quisiera sin levantarle un reporte ni aplicarle una suspensión. Su promedio no bajaba de 8.5 y entregaba los trabajos en tiempo y forma, era bueno para las exposiciones, hacía reír a los maestros, era puntual.

Pero también había en él una crueldad que se manifestaba de formas perversas. Cuando Jovanna rompió las hojas del cuaderno de Florencia, no la acusó en la dirección. Orquestó un encontronazo entre las dos a la hora de la salida y aquello derivó en puntadas en la ceja para Jovanna y la expulsión casi definitiva de Florencia. Tenía tanta malicia como labia y sabía usarla. En ello radicaba su atractivo. A todos nos gustaba, por alguna razón, estar cerca de él. No provocaba la aversión de Lucho porque jamás golpeó a nadie y porque quienes no gozábamos de ningún lugar preponderante en la cadena alimenticia del salón sabíamos que su animadversión no iba dirigida a nosotros. Era un redentor de quienes estábamos acostumbrados a escuchar que no éramos nadie.

La habilidad del Caracara se manifestaba en todos los ámbitos de la vida. El fútbol y el básquetbol eran los deportes que más dominaba, también era rápido en las pruebas de atletismo e impresionaba incluso a las de sexto año con sus series de marometas y piruetas: ruedas de carro, redondillas, mortales hacia adelante y hacia atrás. Nunca había tomado clases de gimnasia, decía, pero había

aprendido en una cama elástica que tenía en el jardín de la última casa en la que vivió en el centro.

Sus habilidades provenían, siempre, de su vida anterior. Aquella que íbamos reconstruyendo a pedacitos, entre rumores que sumábamos y a los que le agregábamos detalles que nos ayudaban a darnos un espacio singular de confianza e intimidad con el Caracara, aunque nuestra cercanía con él fuera casi nula.

—Su comida favorita es el espagueti con salsa de tomate —decía alguien.

—Dice que su mamá hace el mejor del mundo.

—Creo que una vez fue a Italia y ahí supo que el de su mamá era mejor.

—Es que según yo su mamá es chef.

Y en esos espacios de fantasía y competencia, la mamá del Caracara se convirtió, por ejemplo, en una chef italiana que había tenido un restaurante en alguna de las ciudades en las que habían vivido. No sé cómo se le atribuyó a su padre el oficio de piloto aviador, pero en el imaginario colectivo también existió el secreto a voces de que había hecho la iluminación de los conciertos de U2 en México y que había sido mánager de los jugadores más caros del América. Ahora que lo veo a la distancia, ni su madre tenía cara de italiana ni supimos si tenía padre.

El Caracara llegaba solo a la escuela y se iba en camión. Nadie fue invitado a su casa, ni supo cuándo era su cumpleaños, ni tuvo necesidad de reunirse a preparar los trabajos en equipo: él los hacía y ponía los nombres del resto sin chistar, o delegaba las responsabilidades mínimas que le permitieran tener una buena calificación sin que se lo echáramos a perder. Lejos de abusar de esa posibilidad de haraganería, quedar bien con el Caracara era necesidad: su venia representaba una especie de bendición

papal que conllevaba un rápido ascenso en la pirámide social de la primaria y hacía de la escuela no sólo un lugar más llevadero, sino incluso uno feliz. Lugo consiguió una novia de sexto, Dante se volvió el consentido de varias maestras a pesar de ser casi analfabeta y yo me convertí en el portero más codiciado de las retas de fútbol.

Así fue como el Caracara fue el invitado indiscutible de todas las fiestas de cumpleaños. Las mamás también estaban contentas al verlo levantar su plato de la mesa, dar las gracias y meter la silla en su sitio; lejos estaban de imaginar que era quien, en los sótanos o los lugares apartados, nos pedía que nos besáramos entre nosotros. Entre risas y caras de asco, Alaíde aguantó varios segundos la lengua de Jaciel serpenténadole dentro de la boca y Arturo hizo lo propio con Berenice a pesar de que los restos de Cheetos en sus dientes eran visibles para todos. Daniel tenía una forma curiosa de hacer de la obligación velada una decisión propia. Lo sugería, si no querías atreverte, decía, no iba a pasar nada. Ese “nada” era el escarnio social la semana siguiente que se traducía en un viaje sin retorno al oscuro territorio de la ignominia, donde Lucho, Otamendi y Laurita, entre muchos otros, habían sido condenados a no ser nadie.

Ahí también fue a dar Rubén cuando quiso pasarse de listo y propuso que el Caracara y yo nos diéramos un beso después de que Elena y Victoria habían tenido que transgredir el límite de heterosexualidad que todos supusimos que existía. Hubo risas casi mudas que se ensordicieron cuando vimos el gesto furioso de Daniel. Nadie lo había visto enojado hasta ese momento y, mientras el miedo se distribuyó en el círculo formado por ocho niños que permanecían sentados en el cemento frío de la cochera de la casa de Jairo, a mí me invadió una gran sensación de alivio.

—¿Crees que todos somos jotos como tú, Rubén?
¿Quieres ver a dos hombres?

Lo que al principio entendimos como molestia era claramente una furia desmedida que se reflejaba en su rostro enrojecido y sus puños apretados. La vena que le cruzaba la frente había adquirido un grosor que la hacía visible desde cualquier ángulo y su mirada vidriosa se acentuaba en sus ojos entrecerrados.

—¡Huele a palomitas! —gritó Sandy, la cumpleañosera, como si se tratara de una instrucción para salir corriendo del cuarto de juegos.

Nos dirigimos al jardín, donde su madre empezó a colocar tazones con papas fritas y botana. Devoramos los bastoncitos de zanahoria y pepino que bañamos en limón y chile piquín mientras nos refugiábamos de un repentino ventarrón que asolaba al jardín. Volaron platos de cartoncillo, servilletas y cubiertos de plástico por el patio mientras la mamá de Sandy insistía en perseguirlos. Algunos ayudamos en la medida de nuestras torpes posibilidades, salvo Rubén, que permaneció sentado con la cara entre las manos, previendo, creo yo, lo que la vida escolar le depararía a partir del lunes. Para sorpresa de todos, Daniel tampoco estaba ahí, a pesar de que lo habíamos visto salir. Yo lo vi salir detrás de mí porque recuerdo haber visto su mandíbula apretada y la forma que tuvo de esquivar cualquier contacto conmigo.

Sin que nos diéramos cuenta, la potencia del viento se hizo cada vez más violenta. Empezó por agitar los manteles hasta mover las sillas. Un extraño olor a mar y a humedad llenó el espacio a pesar de que no llovía y que no había habido amenaza de huracán en las noticias. La mamá de Sandy claudicó en su esfuerzo por mantener un jardín limpio y se desgañitaba para que nos dirigiéramos

a la casa. Arremolinados en la puerta, fuimos entrando a empujones.

Pensamos que estábamos todos, hasta que no.

—¡El Caracara! —gritó Rubén.

Supimos que Daniel estaba todavía en el brincolín porque sus tenis anaranjados eran los únicos sobre la alfombra al pie de la entrada del inflable de unicornios que Sandy había pedido para su fiesta. Entre los estridentes alaridos, tan ensordecedores como incomprensibles, de la decena de niños que habíamos asistido a la fiesta, la mamá de Sandy tardó en reaccionar y en salir de la casa.

No fue mucho tiempo, pero sí suficiente.

Suficiente para que las argollas de las cuerdas que sostenían el brincolín se rindieran a la vehemencia del ventarrón, suficiente para que la extensión se desconectara del enchufe y suficiente para que todos fuéramos testigo de cómo el unicornio morado se levantaba de la tierra, víctima de una corriente que pasó por debajo del inflable y lo hizo levitar hasta alcanzar la altura suficiente para cruzar la barda que separaba la casa de Sandy de la de sus vecinos.

El inflable apareció a una distancia considerable, casi llegando al periférico. Hoy calculo, porque nunca volví a ese lugar, que habrán sido unas diez cuerdas. A Daniel lo encontraron a una cuadra de la casa de Sandy, en un terreno baldío donde siempre creímos que había agonizado en silencio, con los puños apretados y la vena bien saltada.

—Si quieres rentar un brincolín, Miranda, que lo instalen en la sala —le digo mientras sirvo el café.

CRÓTALO SIN CASCABEL

—Mira quién viene para acá.

—Cállate, güey. Te va a oír.

—Límpiate la boca, que traes todo el chilito en el hocico.

Martín se restregó la parte interna de la manga del suéter contra la boca. Sintió que el sudor empezaba a llenarle las palmas de las manos y se secó en el pantalón, llenándolo de los restos de papitas y colorante que traía en los dedos.

—¿Qué pasó, mi Lili? ¿Unos Doritos? Aquí mi compa te va a compartir de los suyos —dijo Elías entre risas mientras rodeaba con un brazo el hombro de Lilianna para acercarla a la banca donde Martín luchaba contra los restos de colorante enquistados en la comisura de los labios.

Sonrojada, escondió la cara entre las manos, también se las cubría con la manga del suéter azul marino del uniforme. Se acercó haciendo rulos en la punta de la larga trenza castaña que usaba del lado izquierdo no por elección, sino porque su mamá solía hacerla chueca al peinarle la abundante cabellera en los tiempos que los semáforos en rojo permitían de camino a la escuela.

—¿Me puedo sentar? —preguntó.

Martín quitó su mochila de la banca y le acercó la bolsa de papas. Tomó algunas en silencio y juntos escucharon la historia que Elías juraba como verdadera aunque era, a todas luces, producto de su imaginación.

—Entonces el camión se metió en sentido contrario en el bulevar costero porque venía una patrulla persiguiéndola. Casi choca con el coche de mi mamá, lo bueno fue que logramos esquivarlo y ya después vimos cómo fue a chocar contra el poste. Ahí sí la patrulla lo alcanzó, luego ya no supimos más.

Liliana lo pensó un rato con el ceño fruncido. Los rastros de inverosimilitud en la historia de Elías, quien la adornaba cada vez más, se hacían evidentes conforme avanzaba la anécdota.

—¿Y por qué no salió en el periódico, a ver? —dijo ella.

—A lo mejor nadie quiso meterse en pedos. Igual y era narquillo o así. —Interrumpió Martín.

—O los del periódico nomás son huevones y ya —respondió Elías encogiéndose de hombros.

Liliana sonreía cubriéndose la boca para que los escandalosos Doritos no crujieran al ser masticados. Se acomodaba la falda gris hasta el nivel de la rodilla pensando en lo curioso que era que las alumnas de tercero doblaran el resorte para hacerlas más cortas cuando ella y sus amigas, recién entradas a la secundaria, se esmeraban en hacerlas más largas.

La discusión sobre los malandros locales no sólo continuaba: cuanto más ridículos se volvían los argumentos, más estridente era el tono. Los tres reían hasta que vieron la figura de Iván acercarse a la banca donde estaban: una vez que estuvo a la distancia suficiente para escuchar, se hizo el silencio.

—¿De qué hablamos? ¿Que los malandros y los narquillos son qué?

—No, mi Cachora, nada —dijo Elías mientras le ofrecía su bolsa de papas a Iván — aquí nomás les estoy contando una historia para entretener al público.

—Qué público tan chulo te trajiste hoy, Negro.

Iván recorría con la mirada las piernas de Liliana, cuya única respuesta fue mirar hacia la cafetería en busca de sus amigas. Tenían el acuerdo tácito de rescatarse mutuamente cuando él se acercara, pero de ninguna había rastro. Martín observaba las botas con casquillo de Iván figurándose lo dolorosa que debía ser una patada con ellas. Una estela de incomodidad quedó tras la intervención del famoso Cachora.

Célebre entre los pasillos de la secundaria, los nutridos rumores sobre sus hermanos iban desde el narcome-nudeo hasta el sicariato. Se sabía que vivía en las partes más altas de la colonia, donde el cerro estaba a punto de deslavar-se, y que ningún compañero suyo había visitado jamás su casa. Aunque tenía un séquito de vándalos de poca monta que le entregaban algún tributo ocasional — una Coca Cola, un lonche o unos cigarros— nadie podía afirmarse verdaderamente como amigo suyo. Los maestros habían optado por darle calificaciones aprobatorias, no de excelencia, solo suficientemente altas como para ahorrarle algún disgusto.

El sonido del timbre anunció el final del receso. Elías y Martín regresaron al aula del 2B y de paso acompañaron a Liliana hasta el 1C.

—Mañana yo te invito los Doritos, Martín. Gracias por no dejar que me muriera de hambre.

Elías soltó la carcajada con la única finalidad de avergonzarlo y Martín lo sabía. Su mejor amigo tenía ese

hábito que explotaba tan a menudo, que de alguna manera misteriosa e inconsciente, él mismo había aprendido a sonrojarse hacia adentro, a sentir que esa oleada de calor arrasaba por la parte interna de sus mejillas, y lograba contenerse al grado de no emitir más que alguna frase breve con su voz grave y ligeramente temblorosa.

—No pasa nada. Con gusto.

“Con gusto”, arremedó Elías. “Con gusto”. Después de tildarlo de prefecto de escuela y supervisor de maquiladora, se dirigieron entre empujones y patadas tan fingidas como fallidas al salón de clases. Martín ignoró cada minuto del binomio cuadrado perfecto contemplando la ventana que colindaba con las jardineras entre los salones de segundo y tercero de secundaria, donde el pasto quemado las pintaba de un tono amarillento que contrastaba con el fucsia encendido y las hojas verdes de los arbustos de buganvilia.

Un movimiento ligero llamó su atención. Primero vio un par de dientes diminutos sobresalir de un hoyo de unos diez centímetros de diámetro. Poco a poco se sumaron dos patas llenas de garritas que se aferraban a la orilla para ganar impulso y sacar la cabeza completa a la superficie. Era un topo. La punta de su nariz parecía darle toda la información necesaria sobre el exterior, era evidente que los ojos no le servían para nada. Martín sonrió con ternura al ver el pelo lustroso del animalito: nunca había visto uno actuar con tanta tranquilidad porque los del campo de fútbol se escondían enseguida entre el sonido de los tachones sobre la terracería. Pero este topo no. Este parecía cómodo y solitario, dispuesto a salir a conocer el mundo más allá del subsuelo, cuando levantó las orejas de golpe y dio un brinco de regreso a su madriguera como si se tratara de un tobogán. Tras él entró una serpiente café que no titubeó

para meter el cuerpo entero en ese agujero que parecía específicamente diseñado para sus dimensiones.

Terminada la clase y antes de que iniciara la de geografía, Martín le contó a Elías lo de la serpiente.

—No seas joto, son toperas. No hacen nada. Cuando mucho te duele lo que una mordida de gato o así. Ni la de perro. Y se asustan con todo.

—Pero esta se veía café, sí tenía cascabel.

—Que no, joto. Que aquí no hay. Hay una que da la finta de ser cascabel y no es. Nomás hace como que sí, pero no trae nada. Tú sigue yendo a fumar a las jardineras, a la única que le tienes que tener miedo es a la profe Rosy.

La profe Rosy era una mujer corpulenta de voz ronca que tenía un olfato tan delicado que podía detectar el humo del cigarro desde el otro lado del patio. Gracias a ella, fumar en los baños y en los linderos del estacionamiento de maestros se había vuelto imposible porque, además, tenía una afición a hacer cumplir el reglamento cabalmente: no había manera ni posibilidad de negociación con ella. Conocía cada inciso del documento que todos firmaban sin leer al inicio del ciclo escolar y consideraba que su misión era hacerlo valer al pie de la letra.

Después de geografía siguió historia. En esos cien minutos, la atención de Martín siguió enfocada en descubrir si del hoyo del suelo saldría el topo o la serpiente. Ninguno de los dos apareció más.

A la salida, Martín se encontró con Lili en el pasillo. Aunque quiso simular una coincidencia, para ambos estaba claro que él no tenía nada que hacer en el primer piso a esa hora. Cuando se ofreció a acompañarla a la parada del micro, se sumaron Natalia y Érika. Los restos de banqueta en la calle eran angostos. Convertidos ya en pedacería de concreto, los obligaban a esquivar los postes

de luz y caminar, si acaso, en pares, puesto que los espacios eran reducidos e incómodos. Martín caminaba sobre la calzada a un lado de Lili, quien saltaba de trozo en trozo escuchando las sesudas reflexiones de Natalia en respuesta al incidente de los Doritos.

—Ay, amiga, sí te creo que los haya incomodado. Es un asqueroso. Todo flaco y huesudo, nomás se le ven los ojos saltones porque siempre nos está viendo a todas con cara de depravado. Imagínate si así tiene la cara a los 14, qué tan repugnante se va a ver cuando sea un viejo de 40.

—Dicen que ya embarazó a una muchacha y luego no reconoció al bebé —contestó Eri.

—Dicen que la muchacha desapareció cuando se supo que él era el papá —respondió Natalia con intención de desarrollar más una idea que se quedó trunca.

—Qué bien acompañado andas, Martincito. Si me prestas una, te la devuelvo como si no la hubiera usado.

La risa del Cachora les puso la piel chinita. Las chicas dieron un paso atrás mientras Martín respondía, no sin algo de temblor en la voz, que no se armaba porque no podía prestar algo que no era suyo. El Cachora soltó una carcajada sonora que los hizo estremecer. Inmóviles y con la respiración contenida, en los cuatro reinaba la esperanza de no ser vistos si lograban evitar el contacto visual; cada quien fijó la mirada en diversos objetos inanimados: el letrero vial con un microbús dibujado, la suciedad de sus uñas, la línea del horizonte que dividía el cielo del desierto, sus propios zapatos.

—Págame el micro, Martín.

Cuando iba a negarse, en la mirada de Lili encontró resignación. Con la cabeza gacha y a regañadientes, sacó de un cierre de su mochila el billete de 20 pesos que más vergüenza le había provocado.

—Eres el mejor, Martincito. Ora camínale a tu casa —sentenció con un movimiento de cabeza.

El microbús que abordó el Cachora dobló en la esquina antes de que alguna pronunciara una palabra. Eri le puso una mano en el hombro a Martín y Lili se atrevió a romper con la solemnidad.

—No había de otra. Ahora ya te debo unos Doritos y un paseo en micro.

Liliana buscó a Martín en el receso del día siguiente. Sin fingir un encuentro fortuito, se dirigió abiertamente a su salón y lo esperó junto a la puerta con un refresco y una bolsa de frituras. Ya sentados en una banca del patio, ella le contó que habían suspendido una semana al Cachora por fumar junto a las gradas de la cancha y que ese día nadie los iba a molestar cuando las acompañara a la parada del camión.

Martín sintió el calor de su propia timidez y engrosó la voz:

—¿Y quién lo cachó?

—La profe Rosy se lo llevó de la oreja y según dicen, él le iba gritando groserías pero a ella no le importó.

Elías y Martín las acompañaron a la salida toda la semana. Elías se adelantaba con Érika y Natalia entre risas, empujones leves y eso que las perfectas de la secundaria llamaban “juego de manos” cada vez que los veían picarse las costillas o jalarse el cabello con suavidad. Martín y Liliana caminaban más despacio, rezagados unos cuantos metros y hablando bajito el primer día. La cercanía sucedió poco a poco: un brazo sobre el hombro se transformó en un codo entrelazado y después en ir tomados de la mano. El último día de la suspensión de Iván, Lili tocó el tema diciendo que era horrible saber que esa

calma desaparecería al día siguiente y que volverían a cuidarse las espaldas.

—De la paz que se perdió la profe Rosy, que faltó justo la semana que no vino su peor pesadilla —decía Natalia con algo de sorna.

Pero la profe Rosy no volvió al día siguiente, ni el día después de eso, ni el tercer día. Las especulaciones en los pasillos iban desde una enfermedad desconocida y la fuga de su casa, hasta la desaparición y una muerte espeluznante.

Martín y Liliana intentaban hablar del tema en los recesos. Ella había dejado entrever, en voz muy baja, la posibilidad de que el Cachora tuviera algo que ver con la ausencia de la profe Rosy. La coincidencia en los tiempos, el silencio por parte de la dirección de la escuela y el raudal de especulaciones que corría por los pasillos hacían que todo fuera muy macabro, respondía él. Esas conversaciones sucedían sin Elías porque ambos desconfiaban de su discreción: era más escandaloso, estaba más ávido de atención y parecía entender la realidad de Iván como si se tratara de un chiste. Tal vez porque creía que eso sólo sucedía en las series de televisión, tal vez porque no entendía de lo que esa gente era capaz, tal vez porque a él no lo rondaba en los pasillos, la cafetería y la calle como un humo denso y espeso cuya presencia generaba el peculiar escorzor que sólo el miedo sabe generar. Si estaban sentados en las bancas del patio, en la cafetería o caminando fuera de la escuela, el Cachora era una presencia perturbadora y constante. A veces los abordaba sigiloso por la espalda, otras tantas se dejaba venir como toro de lidia buscando el encontronazo y muy a menudo se limitaba a gritarles desde otro lado del patio algún aullido ininteligible.

Para ambos era una monserga.

En eso pensaba Martín, con la cabeza recargada sobre la ventana, ignorando por completo los pormenores de la factorización. Buscó con la mirada al topo de la pequeña madriguera donde seguramente había sido engullido por la serpiente, cuando fue interrumpido por Liliana, que lo saludó desde el jardín antes de dirigirse al área de los baños. Habían pasado escasos treinta segundos antes de que el Cachora pasara corriendo en la misma dirección. Sin mostrar el menor interés por la clase, Martín se puso de pie para asomarse hasta que lo perdió de vista: desde ahí no alcanzaba a ver la entrada al baño de mujeres. Agitado y nervioso, levantó la mano y pidió permiso para ir al baño. Interpeló varias veces al profesor Escárcega antes de ser escuchado.

—Nada más pasa la novia y resulta que te urge ir al baño, Mendoza. Siéntate.

—No, no. Es que sí tengo que ir.

Elías reconoció el rostro descompuesto de Martín. Se sumó a su petición y habló sobre el cúmulo de problemas gastrointestinales que aquejaban a su amigo: dio santo y seña de los retortijones y no escatimó en detalles de lo que podría pasar si no iba al baño en ese momento. El salón estalló en risas, Escárcega incluido, cuando dijo que se trataba de una emergencia de seguridad nacional porque las armas químicas de su compa eran de destrucción masiva.

Martín no se detuvo a escuchar la respuesta. Gruesas gotas de sudor le escurrían por la cara y las manos cuando corrió por el pasillo y giró hasta llegar al patio trasero, donde entró al baño de hombres empujando todas las puertas de los cubículos de los escusados. El sonido de las cuatro puertas de metal al azotarse se confundieron con el barullo de uno de los salones cercanos. No había

nadie. Quizá Lili ni siquiera había pasado por ahí y en realidad se había dirigido hacia otro lado. Caminaba ya con la intención de regresar a clase cuando chocó de frente con una niña que salía a toda prisa del baño de mujeres y, sin mediar palabra ni pensarlo dos veces, entró.

Ahí estaba Lili, su Lili. Ahí estaba el Cachora también.

De espaldas a los lavabos, el Cachora apoyaba la mano izquierda contra la pared, justo sobre el hombro de Liliana. Su mano derecha ascendía por el interior de la falda en una torpe exploración del cuerpo de la muchacha.

Martín se paralizó. Ni sus piernas, ni su voz, ni sus puños podían hacer nada, congelados por el inclemente peso de la traición sobre él. Buscó la mirada de Liliana para confrontarla, para que ella supiera que él la había visto, para que se enterara de que no habría manera de que cupiera un pretexto cuando él la mandara a la mierda, pero no la encontró tras los hombros enjutos del Cachora.

Entonces escuchó un gemido. Un llanto ahogado. Un hilo de voz entrecortado.

La fuerza de Martín se concentró en un empujón a la voz de “déjala, cabrón”. Agachada, Lili cubrió sus piernas enteras con la falda para soltar el llanto con las manos en los oídos y la cara entre las rodillas.

Dio un paso atrás cuando el Cachora avanzó hacia él.

—¿Andas muy valiente, Martincito? ¿Quieres ver lo que le hacemos a los morros como tú que se sienten hombres de un día para otro?

La mirada de Martín se concentraba en el casquillo de las botas. Sabía que recibiría un número indeterminado de patadas, que su cabeza conocería lo que era un pisotón y que esa tarde volvería con la cara ensangrentada a su

casa. Las rodillas le temblaban y quiso llorar, con un llanto sonoro y escandaloso que convocara a la ayuda necesaria: un profesor, una prefecta, la policía. O llorar quedito y encaramarse como Lili, irse a casa, no volver nunca a la escuela. Pensaba en el valor que necesitaba para confrontarlo, pero con qué esperanza, se decía, si el Cachora tenía armas y no conocía la piedad. Se vio terminando como la profe Rosy en algún vertedero, con el cuerpo desmembrado, siendo devorado por los zopilotes o, peor aún, en un destino incierto lleno de especulaciones, como el de ella.

Entonces, el primer empujón. Recibió el segundo y el tercero hasta que estuvo contra el lavabo y recibió un rodillazo limpio en el pubis que le hizo doblarse de dolor. Intentaba respirar profundo, agachado para contener el espasmo que le provocaban los testículos retraídos, cuando sintió una rodilla flaca y huesuda que embonó en el espacio de su pómulo y su cuenca ocular. Aturdido, cayó al suelo de rodillas, con las manos sobre la nuca y la cabeza metida en el espacio de su pecho. Alcanzaba a escuchar el llanto y las súplicas de Lili como si los separaran kilómetros de distancia, como si ella no existiera más que en una ensoñación porque ahí, en ese baño, sólo estaban él y su verdugo. Pensó en el topo y en cómo ambos tentaban su alrededor a ciegas, atrapados en la madriguera, acorralados por la serpiente que se había escabullido para emboscarlos ahí.

Una voz familiar lo sacó del trance. Sin abrir los ojos ni atreverse a levantar la cara, la conversación se perdía entre el zumbido que se había instalado en sus oídos.

— Hazte pa'trás, Cachora.

— No te metas, no es tu pedo.

— Sí es mi pedo. Con mis amigos no. Hazte pa'trás porque no te lo voy a decir tres veces.

Lili había dejado de llorar.

—¿A poco no sabes quién soy, Negro?

Martín abrió los ojos de golpe y vio un par de tenis sucios plantados enfrente de las botas del Cachora. Al levantar la mirada se encontró con Elías, cuyo rostro le pareció extrañamente desconocido.

—Sí, Ivancito. Sí sé. Y sí sé quién es tu hermano. Pero ve y pregúntale si le suena el nombre de Alfonso Esquivel.

La risa del Cachora era tristemente fingida, pero su autenticidad no era requisito para que resultara escalofriante. Aún así, Martín ideaba cómo ponerse de pie para atacarlo entre los dos, ayudarle antes de que hiciera la tontería de ganarse un enemigo de ese calibre porque no sería la primera vez que la bocota de Elías lo metiera en problemas.

—Claro que sé quién es —dijo el Cachora. —¿Y tú crees que nomás con soltar nombres a lo pendejo se arma?

—Esquivel Solórzano, Ivancito. Mi tío. Hermano de mi jefa. ¿Necesitas mi acta de nacimiento?

Una mezcla de asombro y terror reinó en la mirada de Martín, que encontró un nítido espejo en la de Liliana en el momento en que el Cachora dio dos pasos atrás. La indiscutible jerarquía había quedado clara en ese nombre que para ellos podía no significar mucho, pero afuera, en la calle, tenía un peso específico. El desenfado de Elías tenía una nueva dimensión para ellos, a sabiendas de que si antes guardaban silencio cuando se acercaba el enemigo, ahora tendrían que ser más prudentes al hablar con el amigo.

Al salir del baño, la luz del sol cegó un instante a Martín. Entrecerró los ojos para enfocar y observó a lo

lejos un movimiento fugaz en el hoyo del topo en el jardín. Se preguntó entonces, con cierta nostalgia, si no sería posible que la serpiente y el topo convivieran juntos en la oscuridad del subsuelo.

EL TRISTE PERIPLO DEL CANGREJO ERMITAÑO

Llegamos a vivir a Arbuckle en 1987. A ninguna de las dos nos gustaba el barullo de las grandes ciudades, ni las carreteras ruidosas, ni la plaga de turistas. Es curioso cómo de este lado la gente no se imagina que algunos latinos prefiramos el silencio: al parecer, según la gente blanca, a nosotros tiene que gustarnos el mariachi, la fiesta y el tequila, todos cruzamos el Bravo nadando y conseguimos un pollero que nos ubicara.

Mi historia fue distinta. Yo llegué aquí a los seis meses, cuando mi mamá era todavía una *single mom* y mi padre biológico era un nombre incierto, uno entre muchas posibilidades de las que nunca supimos cuál era correcta. Es raro pensar en mi mamá en su juventud: su paso por Avándaro, su asistencia a Rockotitlán y el Bar 9, sus ideas importadas y aprendidas sobre el amor libre y la disolución de la pareja como estructura fundacional de la familia y la sociedad. Las palabras son suyas, tantas veces repetidas, que me las aprendí de memoria desde antes de entenderlas. Según ella, era posible amar a muchos o no amar a nadie y la evidencia antropológica estaba ahí: no había ninguna cultura originaria que hablara sobre la monogamia. *Not one*. Eso era una idea que habíamos he-

redado de la tradición judeocristiana, decía, porque en la antigua Grecia, todos eran muy promiscuos y usaban el pretexto de la supuesta traición para matarse entre ellos. *Not monogamus: they were loyal...*

Cuando tuve edad para entender sus sesudas reflexiones, comprendí también que no eran más que la justificación ideológica que usó para acostarse con quien pudo, *but who am I to judge*: lo poco que sé de mis abuelos es que la criaron en escuelas de monjas hasta la preparatoria con esa mano dura que varias veces se le quedó marcada en el cachete. Ella hablaba poco de ellos y ellos nunca figuraron en el panorama. Supongo que también fueron la razón por la que vinimos a dar a California, porque cuando nací yo tuvieron la intención de iniciar un proceso legal para adoptarme. Ahí inició el viaje a San Francisco.

Esa travesía duró 10 años.

Hubiéramos llegado más rápido caminando en línea recta.

Cruzamos por la garita gracias a que la última visa que sacó con sus papás todavía estaba vigente. En un movimiento que ahora me parece imposible, crucé identificada con mi acta de nacimiento, arropada en una cobijita entre los brazos de mi mamá en el coche de un amigo suyo que nos llevó de Tijuana a San Juan Capistrano.

Ella conocía a una cantidad insólita de gente. En cada ciudad tenía amigos o sabía de amigos de otros amigos que le ayudaban con el papeleo, que nos daban asilo, que le conseguían trabajo de lo que fuera: dependienta de minisúper, mesera, niñera, afanadora. Fui testigo de esa forma tan natural de malabarear la vida porque en la mayoría de sus empleos tuve que estar presente desde antes de que en mí se grabara algún recuerdo. Habrá muchas cosas de las que no tengo registro, *I'm sure*, y que he ido

construyendo a partir de lo que ella misma me contó, de algún comentario de alguna amiga suya o de escuchar alguna conversación a hurtadillas. *Dunno*. Ignoro cómo se construyen esas imágenes, pero en mí se convirtieron en una colección de estampas que todavía se adhieren a mi memoria: el aroma del café del Seven-Eleven, la cocina de la señora Campbell donde yo debía esperar hasta que mamá terminaba de limpiar toda la casa, los carritos del niño Stevie y su *don't touch this, don't touch that*, el cojín rojo de las sillas del Red Lobster donde me sentaba a dibujar.

De ese puño de imágenes, la que siempre me ha acompañado a detalle es el de nuestras maletas rojas. Nos desplazábamos de un lado a otro con dos valijas de tamaño mediano que mamá podía cargar con ambos brazos. Yo arrastraba una mochila en la que no había otra cosa que mis lápices de colores y dos perros de peluche: Chuto y Garipa. Fuimos de uno a otro lado, quedándonos donde nos dejaran, a veces incluso en el Trans Am '83 que Tony le había prestado sin mucha intención de recibirlo de vuelta. Tony era un tío, un padrino y padrastro a la vez. Su relación, si bien era poco convencional, funcionaba para ambos. No existía ningún compromiso más allá del acuerdo tácito de apoyarse, aunque esa balanza, *truth be told*, siempre se inclinó más hacia nuestro lado. Compartían historia, el gusto por la fiesta y, muy a menudo, también cama, *but that was it*. Nunca fueron pareja como tal. Para mamá el amor era un vínculo que fluía cuando todo se alineaba para que así fuera, y sin embargo no estaba dispuesta a modificar su vida ni la de nadie más por un capricho tan volátil, decía ella, si todos sabemos que llega tan rápido como se acaba. Que Tony hiciera lo que quisiera cuando quisiera, porque ella así lo haría.

Conocido como Tony Moon en el norte de California, era productor de teatro, *performer* y músico. Se dedicó a la bohemia y a la vida de los escenarios desde que cruzó la frontera unos cinco años antes que ella, cuando aún era el rockero Antonio Luna que abandonó la escena *underground* del Distrito Federal para probar suerte en Los Ángeles. Ante el fiasco del sueño angelino, como él solía llamarlo, Antonio llegó al norte de California no sin pasar una temporada en Humboldt County, donde se dedicó en cuerpo y alma a la cosecha y el consumo de cannabis para después instalarse definitivamente en San Francisco.

El afán de Tony por contar historias hacía que las adornara más de la cuenta y las repitiera en *loop* cada vez que iba a visitarnos. Profesional del drama y fanático de la atención, a veces olvidaba los detalles, y en su segunda narración con otro público (mis amigas y yo, por ejemplo), hacía cambios que generaban en mí cierta ternura. Tony tenía una historia mucho más triste de lo que dejaba ver, pero a veces no hablamos de lo que nos sucedió, sino de lo que nos hubiera gustado que sucediera. Su llegada a San Francisco era una nebulosa opaca y confusa que nunca me atreví a cuestionar: lo cierto es que nos ayudaba una y otra vez sin exigir otra cosa que pasar el tiempo con nosotras cuando el vaivén de los domicilios de mamá lo permitía.

Fue él quien la orientó para conseguir sus papeles y hacerse ciudadana americana a principios de los años 80, cuando era posible porque la migración todavía no era como la lepra: los mexicanos éramos un puñado de trabajadores necesarios y la *green card* era sólo un trámite legal. Éramos la base de la *working class*. Nada de garitas a reventar, patrullas fronterizas que vigilan sin descanso y

milicias armadas que cazan inmigrantes. La frontera era una reja que dividía países como quien delimita su terreno sin cerrarle la puerta en la cara al vecino. *We used to be welcome.*

Era otra frontera. Otro país. Otro mundo.

Un año antes de llegar a Arbuckle, abandonamos Tulare: el pequeño departamento, las macetas que habíamos regado durante 17 meses y, lo que más me dolió, mi escuela primaria. Había sido la primera vez que terminaba un grado completo con las mismas amigas y los mismos maestros. Por fin había entendido cómo acomodarme, quién era quién; al regreso del verano yo había dejado de ser la niña nueva.

Yo ya tenía un nombre.

Entonces llegó mamá, una vez más, a decirme que llenara una de las maletas con lo que cupiera. Con la cajuela a reventar, condujo cinco horas hasta San Francisco, donde nos instalamos en casa de Tony y Markus. Era una casa pequeña para los estándares del sur de California, de buen tamaño para una ciudad grande y cosmopolita como Frisco. A mamá y a mí nos gustaba el ambiente en Mission District, pero esquivábamos el Golden Gate y el Pier 39 porque la idea de estar rodeadas de turistas y *souvenirs* nos abrumaba un poco.

La entrada de la casa consistía en un hermoso *hall* de pisos y techos de madera, rodeado de ventanales que permitían fisgonear lo que ocurría en la calle a través de las cortinas traslúcidas. Cruzábamos ese *hall* para llegar a la habitación de Tony, cuya puerta estaba directamente conectada a la cocina y tenía un baño completo.

Cuando lo vi, entendí por qué la idea era que caminara lo menos posible.

Nos alojamos en una habitación del segundo piso, contigua a la de Markus. Concebida originalmente como un estudio y un espacio en el que desarrollaban escenografías y vestuarios, mamá y yo dormíamos rodeadas de maniqués, rollos de tela y un par de máquinas de coser. Sobre los muros descansaban grandes trozos de cartón y lámina, botes de pintura y cajas de herramientas. Para mí, era un sueño dormir en ese lugar, aunque mamá pasara la noche entera en la habitación de Tony. A Markus no le gustaba eso, pero se abstenía de hacer comentarios y sólo dejaba entrever su molestia con un ligero gruñido y una mueca en los labios.

—Dile al alemán que si le molesta que yo te cuide toda la noche, lo haga él —le dijo mamá a Tony durante el desayuno—, yo no habría venido si alguien estuviera aquí contigo.

Tony utilizaba el tenedor para hacer que el huevo revuelto patinara a lo largo y ancho de la cerámica de su plato. Sonreía con ternura mientras ella profundizaba en todas las manías de Markus que lo hacían refunfuñar: encontrar la puerta de una habitación abierta, o una mancha en la estufa, o gotas de agua en el lavabo.

—Es un neurótico. No me gusta para ti.

—Markus me cuida, el problema es que trabaja mucho. Y yo les pedí que vinieran porque quería estar con ustedes cuando esto pasara. No seas celosa.

Esto pasara. Ese “esto” se convirtió en una incógnita que a los diez años yo no terminaba de entender. Lo que sí entendía era que el cuerpo de Tony se encogía a pasos agigantados al tiempo que su piel se hacía verdosa, luego amarillenta, luego grisácea. Perdió el cabello, la barba, las cejas y las pestañas. De lo que alguna vez fueron sus fuertes brazos, quedaba una especie de pellejo

que pendía de sus huesos, escurrido y delgado casi hasta ser una membrana.

Me gustaría decir que me despedí de él. Que tuvimos un intercambio de frases llenas de contenido, que me deseó una vida feliz, que le dije que lo quería mucho. *But we didn't. Life's a bitch, hun, 'n then you die.* Tony murió de noche, sin hacer ruido, en la cama donde mi mamá dormía a sus pies, enroscada como perro de compañía.

Aunque no lanzó un grito, vi su rostro enrojecido e hinchado, como lo veía todos los días durante mucho tiempo después de que se despertó para descubrir que Tony ya no respiraba. Markus se encargó de todo mientras mamá me llevaba a la bahía para explicarme, de una manera torpe y atropellada, la muerte de Tony. Mientras ella soltaba esa verborrea incomprensible, mi atención estaba enfocada en los diminutos hoyos de la arena. De uno de ellos, salió un caracolito al que apenas si se le veían las patas y corría a toda velocidad dando tumbos con las conchas grandes y las piedras a su alrededor. En los restos del agua de la ola retirada vi más hoyitos formarse, más cangrejos que salían a tomar aire.

—*Mum* —interrumpí— ¿esos bichos crecen con todo y la concha?

—No, Ágata. Van cambiando de concha. Cuando ya no caben, buscan otra en la que estén más cómodos. Llevan la casa a cuestras.

Sostuve uno en la palma de la mano izquierda y sentí el ligero cosquilleo que me provocaban sus patitas sobre la piel. Mi risita se vio silenciada por el llanto de mamá.

—Se murió con los ojos cerrados —dijo— como un bebé, como si hubiera sonreído en sueños.

Me tomó muchos años entender que no lloraba por la neumonía, ni por el sufrimiento de Tony, ni por haberlo visto muerto: lloraba por ella, porque el manto de soledad que siempre la había acompañado se había vuelto una ola que la revolcaba al dejarla en este mundo sin otra compañía que la de una niña de diez años. Atrás habían quedado el nutrido grupo de amigos con los que había perdido contacto por sus constantes cambios de ciudad, por perder sus números telefónicos, porque convertidos en gente de familia habían cortado comunicación con su amiga nómada que predicaba el espíritu libre para seguir haciendo y deshaciendo a su antojo.

Entonces Tony nos heredó la casa que tenía en renta en Arbuckle. Nos instalamos meses después sin saber que el cambio de casa a Winston Street no sólo sería de domicilio, sino de una forma de vida. Estudié la secundaria y la preparatoria ahí, me hice asistente dental en el Community College y mamá dio clases de inglés para estudiantes recién llegados. La vida de pronto se nos mostró como un espacio de estabilidad y monotonía al que nos llevó tiempo acostumbrarnos. *But eventually, I loved it:* aprendí a hacer amigas mientras ella fracasaba en cada intento de relación amorosa y resolvimos, por primera vez, los desperfectos que surgían en una casa después de años de usarla nosotras mismas.

Algo en mí piensa que eso la aburrió hasta la enfermedad. Cuando era yo quien dormía a los pies de su cama, cuando éramos nosotras las que mencionábamos “esto” y cuando nos fuimos despidiendo a cuentagotas, entendí tarde, tardísimo, que no llevábamos auestas el hogar, sino nuestro propio aislamiento: esa misma ola de silencio me revolcó a mí el día que ella no amaneció más.

ÍNDICE

Presentación	7
Hasta siempre, vaquita marina	33
A la velocidad del berrendo	43
El último vuelo del caracara lutosa	57
Crótalo sin cascabel	65
El triste periplo del cangrejo ermitaño	79

Territoria se compone de cinco cuentos en los que el deseo, la memoria, la violencia y la pérdida habitan cuerpos al límite. Los relatos avanzan desde lo íntimo hacia lo animal y lo político, en una cartografía feroz, luminosa y precisa en la que los personajes humanos conviven con animales en peligro de extinción: el lagarto cornudo, la vaquita marina, el berrendo, el caracara lutoso, el crótalo sin cascabel, el cangrejo ermitaño. Reflejos profundos de lo que también somos: criaturas desplazadas, defensivas, en estado de alerta.

Fuente convierte estas experiencias individuales en espejos de identidades colectivas: cómo se vive, se desea y se sobrevive desde el margen. Lo hace al narrar la precariedad, la violencia estructural y el exilio, mientras muestra con precisión las relaciones de poder con las que esto se sostiene —entre hombres y mujeres, entre migrantes y autoridades, entre quienes pueden habitar un espacio con libertad y quienes deben esconderse—. En *Territoria* presenciamos las heridas que provocan los mandatos de potencia, virilidad y reproducción; la migración como fuga sin destino; la maternidad sostenida entre culpas y silencios; y la violencia diaria que ya no es noticia.

La escritura de Fuente articula la interdependencia entre cuerpos vulnerables —humanos y no humanos— que habitan espacios al borde. Aquí la fragilidad se cruza con la dignidad, el instinto y el silencio. El lagarto que sangra por los ojos es también el hombre que no puede sostener un vínculo; la vaquita marina, el eco de una familia que colapsa; el cangrejo ermitaño, el cuerpo migrante que no encuentra refugio. Cada cuento expone con nitidez lo que ocurre cuando el deseo se desborda, cuando el amor ya no alcanza, cuando el mundo interior se rompe sin remedio.

Con una escritura lúcida, punzante y certera, *Territoria* respira con precisión narrativa, humor seco y una mirada que no teme asomarse a lo salvaje.

Territoria confirma a Ana Fuente como una narradora poderosísima: una obra que no reconcilia, que observa, hiere y conmueve. En su honestidad, belleza y filo está su fuerza.

Gabriela Conde Moreno



**BAJA
CALIFORNIA**
GOBIERNO DEL ESTADO

CULTURA

Secretaría de Cultura
Instituto de Servicios Culturales
de Baja California